

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 41.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Marzo 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Leyes de evolución*, por Federico Urales.—*El socialismo de Estado*, por Donato Luben.
—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Doctor Fernando Lagrange.—*Ciencias físico-naturales*, por Francisco Salazar.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*El Arte á través de los siglos*, por Soledad Gustavo.—*Los sepulcros blancos*, drama en tres actos, por Jaime Brossa.
SECCION LIBRE: *La huelga de los conscriptos*, por León Tolstoi.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Reflexionemos*, por José Casasola.

SOCIOLOGIA

LEYES DE EVOLUCION

La humanidad no puede constituir hombres tan superiores que no los llegue á comprender.

Nadie vive fuera de su tiempo, y entre los hombres contemporáneos, como entre las ideas, existen puntos de unión y de contacto que sirven para unir á todas las categorías orgánicas y á todos los órdenes de ideas.

La evolución es una cantidad continua que aumenta agregando á las cantidades recorridas partes millonésimas de las que faltan á recorrer, y en el raciocinio del sér humano, es imposible distinguir dónde empieza tal ó cuál especie intelectual, como en zoología lo es determinar, de una manera absoluta, dónde principia esta ó aquella especie.

En los hombres contemporáneos se manifiesta también esta imposibilidad absoluta de distinguirlos por los grados intelectuales que alcanzan ó por las ideas que conciben.

Existen inteligencias que, social y orgánicamente consideradas, representan el término medio de la evolución. Estas inteligencias conciben pensamientos propios de los hombres que militan en las más opuestas tendencias; y aun entre esta clase media intelectual, hay grados, géneros y clases que hacen indefinida la subdivisión de órdenes intelectuales y orgánicos.

Los que vivimos actualmente somos hijos del tiempo que nos ha formado, y reunimos las condiciones que nuestro tiempo permite, condiciones que son indispensables á la vida de los demás, y hasta la garantizan en cierto modo; pues sólo cuando se encuentran organismos opuestos chocan y se destruyen, como, puestos en contacto, se destruirían, por falta de relación, los que representan la última palabra de la evolución orgánica, y los que, por lo atrasados de su desenvolvimiento, apenas pudiésemos calificar de seres humanos.

Y esta relación que existe entre los diferentes caracteres orgánicos de una raza ó de un pueblo, existe, también, entre las diferentes razas de un mundo.

Descartando la cuestión religiosa, que, á nuestro entender, no es cuestión de moralidad ni de intelectualidad siquiera, sino de medio, de topografía, de clima, y sobre todo, de esta *inconsciente ignorancia orgánica*, un francés de organización atrasada, se entendería perfectamente con el individuo más civilizado de las razas bárbaras, y el más incivil de estas razas se hallaría bien entre los civilizados de los pueblos salvajes. La relación entre el medio evolutivo de cada uno establecería corrientes de facultades que harían fácil la vida del uno donde el otro estuviese. Pues esto mismo sucede con los caracteres orgánicos que constituyen los pueblos llamados civilizados.

Para unos, vivir es combatir las imperfecciones de los que siguen detrás en la escala de la evolución, y para otros, vivir es rechazar las perfecciones de los que andan delante. El término medio de estos dos estados intelectuales y orgánicos, lo constituye la masa anónima, que no se distingue ni por su retraso ni por su adelantamiento.

La concepción de nuevos estados sociales, supone, á la par que una inteligencia superior á la de la multitud que practica los usos y costumbres que ve practicar, un número más elevado de energía orgánica.

Los convencionalismos, las preocupaciones y las costumbres son la masa enorme que han de mover los atletas del pensamiento. Para trasladar de sitio un gran peso es menester fuerza muscular ú otra que la equivalga, y para hacer lo mismo con el peso social que representa las preocupaciones humanas, se necesita una gran fuerza de pensamiento. La operación es la misma, sólo que un trabajo se ejecuta con fuerza física y el otro con fuerza cerebral. La repetición excesiva de una de estas operaciones agotaría los músculos y la otra los cerebros; pero ambas denotan una potencia.

Un neurasténico, ni tiene fuerza para mover grandes masas físicas ni las tiene para mover grandes masas humanas. Así que, el genio revolucionario, ó la multitud revolucionaria, porque también hay masa-genio, es la fuerza que arrastra los elementos pasivos de la sociedad y la que descubre, con su constante labor y lucha interminable, á los caracteres dormidos por falta de accidente que los despierte y que, como dijo Darwin, sólo esto les falta para evolucionar.

Pues bien, todos los elementos adversarios de los derechos establecidos, de las fuerzas dominantes ó de las sociedades que rigen, destruyen estas mismas sociedades, á condición de transigir con ellas. Sin esta condición el progreso no sería posible, porque no podría establecerse el lazo de lucha, que lo es de relación al mismo tiempo, entre las dos fuerzas litigantes.

Véase, además, otro fenómeno.

Las organizaciones religioso-político-económicas, destinadas á desaparecer por ley de la evolución, se debilitan antes poco á poco y agótanse las energías de aquellas clases interesadas en la defensa del régimen que caduca. ¿Por qué? Porque los que habrían de defender el predominio del antiguo estado, consumen su vida orgánica, sus fuerzas físicas é intelectuales, en el vicio, y abandonan al adversario la defensa de sus privilegios. Y sucede esto al mismo tiempo que los defensores del mundo nuevo se fortalecen con el estudio, con el ahorro de energías, con un método de vida que les dota de fuerza y los capacita para la victoria.

Hay más aún. A engrosar esas fuerzas destructoras de los sistemas llamados á desaparecer, viene la misma evolución que podríamos llamar natural. Los organismos más perfectos y enérgicos se inclinan hacia las fuerzas activas, hacia la lucha, mien-

tras que los caracteres imperfectos y débiles, se acomodan, por ley de los cuerpos muertos, en los sistemas imperantes y procuran vivir en ellos lo mejor que pueden, porque carecen de la energía vital que se necesita para realizar un esfuerzo.

Es esta una ley natural rigurosamente exacta: el que no tiene fuerza para luchar, no lucha, se suma á las masas pasivas y avanza por el camino del progreso arrastrado por los caracteres que *han de luchar necesariamente*, pese á quien pese, porque no hay razón que se oponga á la de ser fuerte, á la de estar dotado de un cuerpo *que necesita desarrollar tantos ó cuantos quilogramos de fuerza* y que, si no las desarrolla en el libro, los desarrollará en la tribuna, en la cárcel, en la calle ó en cualquiera manifestación de rebeldía. A esa interior potencia vital obedecen los caracteres revolucionarios cuya vida agitada es una epopeya,

En resumidas cuentas, todo es cuestión de fuerza. Los Estados, lo mismo que los hombres, se debilitan cuando han de morir, y los hombres, lo mismo que los Estados se fortalecen cuando han de vencer.

Las grandes causas atraen á las grandes energías, porque sólo en los ideales que luchan pueden encontrar el medio adecuado á su fuerza orgánica.

Las costumbres de los individuos demuestran la fuerza vital de que disponen. Los débiles son indolentes, discurren y obran con lentitud y siempre encuentran razones con que apoyar su falta de resolución. En cambio los fuertes son activos, de voluntad poderosa y para apoyar la conveniencia de hacer algo, nunca carecen de argumentos. Y es que la necesidad de obrar, más que en el medio que los envuelve, está en la composición física de cada uno.

Los hombres de genio se forman por una concentración de fuerzas, por el cruzamiento de dos individuos que constituyen la suma total de largos siglos de evolución orgánica y de ahorros vitales, jamás menguados por la disipación ni el recargo, y el genio es tanto más poderoso, cuanto más crecidas son las sumas de vitalidad y de evolución que se han unido al ser aquél engendrado. Como todo, absolutamente todo es el resultado de una fuerza, los caracteres extraordinarios vienen á ser, por esa ley, la energía que lucha para establecer costumbres y sociedades nuevas; ya que en las establecidas no encontrarían manera de desarrollar la suma de energías vitales que con él se juntaron. Así es como, por la constancia y tenacidad de esas voluntades poderosas, más poderosas que todos los ejércitos reunidos, se logra que la multitud adopte las hipótesis revolucionarias, primero, por conducto de organismos semejantes á los caracteres que los han concebido, y después, por la asimilación intelectual de los que las explican con los que las escuchan.

El genio, en la sociedad, es lo que la semilla en el campo, con la ventaja de parte del primero de que nace cuando la multitud está preparada para recibir sus concepciones por aquella relación que existe entre el pensador y sus contemporáneos. Las ideas, como los hombres, son hijas unas de otras, y no se conciben más que las que vienen preparadas por la evolución, como no se forman otros organismos superiores, que los que permite el estado físico, moral é intelectual de la humanidad. Por manera que el genio y la multitud son dos fuerzas que se atraen y repelan á un tiempo mismo, ejerciéndose mutua influencia, pues mientras el primero arrastra á la segunda, la segunda aprisiona al primero. Tanta participación tiene el genio en la masa como la masa en el genio. Ambos son lo que el otro permite y luchan unidos por la cohesión que les prestan los caracteres intermedios.

Expuesta una doctrina, de ella se apoderan las inteligencias bien dispuestas para

la asimilación intelectual, y empieza la lucha de los tipos anormales, que son activos, contra los tipos normales, que son pasivos.

Cuando la burguesía luchaba por la conquista de sus derechos, de ella salían los genios, y si alguno se formaba en otras clases, aquélla lo atraía con sus invocaciones al combate. Hoy que la sociedad burguesa se desmorona, porque, cumplido su objetivo, no tiene razón de ser, y que la clase obrera batalla para conquistar el sitio que le corresponde en la vida y en la sucesión de las fuerzas dominantes, de la clase proletaria nacen los caracteres fuertes, y si alguno se forma en otras clases, la obrera los atrae con sus luchas y sus aspiraciones generosas. Es un principio de mecánica social. Las energías se acumulan donde encuentran resistencia, fuerzas opuestas, obstáculos poderosos, y las masas pasivas constituyen, si no por su actividad, por su número, una gran mole que han de levantar, que levantarán y que han levantado siempre, las fuerzas innovadoras, reunidas en unos cuantos cerebros y ayudados de los espíritus secundarios, pero anormales también.

Hoy la aristocracia del dinero, como antes la del pergamino, es impotente para engendrar seres superiores y para reunir en un individuo potente suma de fuerzas vitales, porque las ha gastado en las orgías del poder.

La sucesión de clases obedece, también, al siguiente principio: Mientras una lucha, se fortalece; cuando domina, perdida la razón de luchar, se debilita, al mismo tiempo que las clases que siguen detrás y que han de suceder á las demás en el dominio intelectual y material de las cosas, adquieren cada día nuevas energías. Y esto acontece fuera de la voluntad del hombre, por aquella ley de la materia progresiva y reformable que se llama evolución. El hombre es de ella instrumento, causa y efecto á un tiempo mismo. La evolución se vale de nosotros, como se vale de la semilla y del viento que la transporta á largas distancias.

Para la Historia Natural, las naves de Colón no fueron más que un medio de que se valió la Naturaleza para enriquecer su fauna, como la abeja y los pájaros le sirven para enriquecer su flora. El europeo, en América, representa una nueva variedad de razas, mejor dispuestas que otras para la resolución de los grandes problemas y para la lucha incesante del pensamiento humano. La gente superficial ve en el descubrimiento de América, un acto consciente del afán de poder, cuando en realidad fué un hecho inconsciente de la evolución para vigorizar su fuerza con nuevas energías y nuevas formas de pensar y de sentir, y nuevas especies con las cuales prepararse para la bella unidad de la variedad infinita y de la evolución interminable.

Nosotros somos instrumentos y sucesores además de otros instrumentos.

El viento une dos semillas, y hace del contacto de esas dos semillas, semillas nuevas, y de esas nuevas semillas se forman nuevos frutos, y de esos nuevos frutos medios nuevos para la formación de frutos de una variedad infinita. El hombre no es más que una semilla, y al ponerse en contacto, por los medios de locomoción que le son propios, uno de los cuales es el viento, y á fuerza de él llegaron las naves de Colón al Nuevo Mundo, con otras razas, forma especies nuevas, perfectamente dispuestas para procrear hombres de una variedad infinita.

Ahora apliquemos esa ley científica y natural á las ideas y nos encontraremos que ellas también procrean, que del contacto de dos se forman ideas nuevas y que de esas ideas nuevas resulta una variedad intelectual que no puede definirse ni unificarse. Y resulta esta variedad intelectual que no puede definirse ni unificarse, porque la formación de los caracteres es ya el resultado de una conjunción de dos cuerpos,

cada uno de los cuales lleva en su organismo el resultado de un entrecruzamiento que no principia ni termina en ningún hombre: viene de los demás animales y de las plantas, haciendo que cada uno llevemos en nuestro cuerpo y en nuestro cerebro parte de los demás cerebros y de los demás cuerpos, tendiéndose á la unidad y la variedad absolutas, unidad y variedad que están infinitamente lejos, pero que se alcanzarán, porque las leyes de la evolución son incansables, eternamente incansables.

FEDERICO URALES.

EL SOCIALISMO DE ESTADO

La ley natural que nos mueve, que determina é impele nuestras acciones y nuestra voluntad hacia el trabajo, que nos lleva á acometer grandes empresas y nos hace arrostrar mil penalidades con gallarda intrepidez y redentor heroísmo, *es el interés individual*.

Movidos por los impulsos regeneradores de esa ley emancipadora, de puro ser individualistas, amantes entusiastas de todo lo *privativo* y libre, hemos llegado nosotros á sentar los principios más elevados y augustos de soberanía *individualista*, declarando y proclamando la *autonomía individual absoluta* como base firmísima del sistema más perfecto y estable de igualdad social.

Somos socialistas en la más lata acepción de la palabra; perseguimos la conversión de la riqueza individual en riqueza socializada; pero si á tal estado de cosas aspiramos, si luchamos denodadamente por la instauración del socialismo, sin mixtificaciones autoritarias, ni sofismas de Estado, es porque entendemos que sólo dentro de un régimen social libre, económica y políticamente hablando, hallará en lo porvenir el hombre medios propios y garantías *inviolables é invioladas*, de poder disfrutar de sus derechos individuales, desarrollando todas sus iniciativas, energías y aptitudes autónoma y libérrimamente. Es decir, que si somos socialistas (entiéndanlo bien los partidarios del individualismo imperante), es, precisa y exclusivamente, porque entendemos que el socialismo es la más alta expresión de la libertad individual.

Pero si nosotros entendemos la cosa así, hay, desgraciadamente, socialistas que no la entienden del mismo modo; socialistas antifibológicos, inconsecuentes, mediocres; sutiles argucieros, corrientadores de doctrinas que, cual pontífices máximos é infalibles, definen y explican en la forma y manera que mejor les acomoda y conviene.

El Socialismo de Estado, socialismo ficticio, preñado de antimonías chocantes, con todas las remembranzas de los absurdos liberticidas que el socialismo verdadero ansía destruir, preconiza la *disciplinización rigorista y centralizadora* del proletariado, bajo la avasalladora tutela del Estado. Este socialismo autoritario pretende que la libertad individual quede supeditada al Estado; quiere que el Estado resuelva todas las cuestiones económicas, políticas y jurídicas que surgir puedan en el seno de la sociedad; no tiene fe en la bondad individual y persigue, en fin, el gran absurdo de suplantar los actuales organismos autoritarios, baluartes formidables de la tiranía capitalista, por otros nuevos, formados por el *cuarto estado*. Tal contrasentido no tiene lógica ex-

plicación; porque si todas las aspiraciones de la libertad política se han dirigido á desprenderse de la tutela del Estado, á procurar al pueblo la mayor suma posible de derechos y libertades, mermando al propio tiempo las atribuciones onerosas de la masa gubernamental; porque si todas las revoluciones políticas, repetimos, han tendido á elevar la individual soberanía, limitando el poder del Estado; si este es precisamente el espíritu en que se informan todas las grandes conquistas del derecho moderno, parece resultar de una gran evidencia, de una evidencia incontrastable, que la democracia socialista, en sus nobles luchas de social emancipación, tendiera á producir la anulación paulatina del Estado, no para suplantarlo por otro más ó menos justo y perfeccionado, sino para colocar á los individuos en la plena integración de sus derechos, bajo la salvaguardia omnipotente y augustísima de la libertad económica. Los socialistas sustentadores de las doctrinas enunciadas, los que aspiran noblemente, sin duda, á convertir el mundo en un inmenso *falansterio*, regido y disciplinado por un Estado justo y morigerador, reniegan, tal vez sin darse cuenta de ello, de la libertad individual, base fundamental é ineludible de todo social derecho, *alma mater* del revolucionarismo consciente que dió origen, calor, forma, vida y propulsión vigorosa al emancipador socialismo universal.

Los socialistas autoritarios y amantes celosísimos de la *legalidad*, los que abominan toda revolución y condenan toda protesta digna y levantada que, en un régimen de atropellos y arbitrariedades, dominado por el imperio todopoderoso de la fuerza, tienda á repeler la violencia con la violencia, aceptan y promulgan la emancipación de las clases desheredadas mediante la intervención del Estado en los graves conflictos surgidos entre el capital y el trabajo, quieren que el Estado, síntesis y resumen de todas las grandes tiranías, oficie de *gran emancipador*, cosa tan imposible é incongruente, como pretender buscar la quinta dimensión geométrica de los cuerpos. No caen, no quieren caer en la cuenta de que de esta manera quedan completamente secuestrados por el Estado, á la absoluta discreción de los que explotan el poder social, pues si al Estado se le confía la fijación y resolución de lo que no puede fijar ni resolver en justicia, si se le reconoce una competencia que no puede tener, si se le otorga la autoridad suprema de intervenir en todo y avasallar todo, desde el momento en que en tales desvaríos se cae, quedamos todos, absolutamente todos, atados de pies y manos á la ominosa tutela del Estado, y por muy ventajosa que le fuera al obrero esta tutela, desde el momento en que perdiera su libertad, desde el momento en que no se pertenecía, desde el momento en que abdicaba de su derecho y en cierto modo de su personalidad, de nada y para nada le servirían todas las satisfacciones, todos los goces, dichas y placeres á que se le pudiera invitar en el *gran banquete* del socialismo, ya que el hombre no lucha exclusivamente por la conquista de los bienes materiales, si que también desea, en sus grandes vehemencias de redención y regeneración, llegar á las más altas latitudes de su dignificación y libertad.

Cuando se observa con angustia suprema que todas las cosas que corren á cargo del Estado están en el más lamentable de los desórdenes; cuando se ve que la libertad, la seguridad personal, la salud pública, la instrucción, la higiene y la dignidad nacional, cosas todas amparadas por el Estado, yacen en las horribles postraciones del punible abandono y de la falsedad jurídica; cuando se contempla al Estado, encargado de la defensa y prosperidad de los pueblos, apremiando á éstos y dejándolos indefensos; cuando todo esto se ve, contempla y observa, ¿no resulta imprudentemente temerario empeñarse en que el Estado nos liberte y regenere?

La esterilidad social del Estado, está bien demostrada; su acción perniciosa lo estropea todo, malbarata cuanto toca con su espíritu absorbente y absolutista; quiere ser *exclusivo* y sacrifica las más nobles aspiraciones individuales y colectivas para ornarse con las luctuosas magnificencias de una omnipotencia antisocial, cruel, arbitraria y monstruosamente avasalladora.

Obran, pues, equivocadamente cuantos propalan el socialismo de Estado y sustentan sus doctrinas; porque cuando un organismo de la índole opresora del Estado, lleno de purulencias contagiosas y mortales corrupciones llegue á su fin, no sería obrar cuerdamente dejarlo insepulto para que sirviera de inspiración, edificación y modelo á la creación, adaptación y consolidación de otro organismo idéntico. Lo prudente y razonable será, cuando tales momentos lleguen, hacerlo desaparecer para siempre de la escena del mundo.

Así lo aconseja la más rudimentaria lógica, ya que sólo cuando la tiranía sucumba, será un hecho incontrovertible la entronización de la libertad.

DONATO LUBEN.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

VI

LA ABSTENCION ELECTORAL

Lo que más divide á socialistas y anarquistas.—El sufragio universal; medio para gobernar.—La abstención electoral no es la inercia.—El liberalismo de los socialistas.—No importa quién esté en el poder.—Impotencia de los partidarios del antiguo régimen.—El interés de la burguesía está en conservar la república.—La fuerza de los gobiernos se constituye en la inercia de los gobernados.—La impotencia de las leyes ante la opinión.—Maleficencia del ambiente parlamentario.—Ignorancia ó duplicidad.—Prueba de la estrechez del espíritu de los socialistas.—Los conocimientos humanos son mayores que las aptitudes del cerebro para asimilárselos.—Las libertades políticas no son verdad sin la emancipación económica.—Ser ó no ser.—La función del Estado.—La acción por los mismos interesados.—Deformación parlamentaria.—La fuerza de la opinión sí sabe querer.—La acción propagandista es el paso al ideal.—La abstención, conclusión lógica del ideal anarquista.—La abstención razonada es el principio de la acción.

Donde la divergencia se acentúa y crece en intensidad, induciendo á los socialistas á tratar á los anarquistas peor que sus adversarios los burgueses, y los anarquistas á contestar con análoga aspereza, es ante la cuestión del voto. Y como esta cuestión de elecciones se presenta á cada instante en la vida de propaganda, puesto que á diario, en una ó en otra parte, hay candidatos para elegir y elegidos que proclamar, la lucha es continua y no toma peor cariz, porque el diapasón á que ha llegado es difícil de pasar; pero conserva toda su acritud.

Esta cuestión fué causa de que en Francia dejaran de entenderse los revolucionarios, y que los anarquistas se separaran de los socialistas, con los cuales habían estado juntos hasta que los primeros repudiaron en absoluto el sufragio universal, en el

congreso del Centro en 1879, afirmándose como anarquistas y empezando su propaganda particular.

..

Habiendo reconocido que la hoja electoral era, no sólo incapaz de libertar á los trabajadores, sino que es, sobre todo, un instrumento de dominación y engaño para los explotados, los anarquistas combaten el sufragio universal, no solamente como inútil, sino como funesto para los que de él se sirven. Los socialistas, como es natural, no pueden perdonarles el que enseñen á los electores que el sufragio universal es una mentira, porque ellos basan en él toda su fortuna política.

Esta divergencia no es, en resumen, más que la continuación de la lucha entre el espíritu de dominación, de autoridad, y el espíritu de independencia, de libertad.

En la *Sociedad agonizante*, en el capítulo *Autoridad* he expuesto ya mi pensamiento sobre el sufragio universal. He intentado demostrar su impotencia para mejorar la suerte de todos los que sufren por las deficiencias de la sociedad actual y probar que sólo es una farsa política cuyo resultado es la mentira y el embaucamiento.

Más adelante, en este libro, hablaré de la unidad de las reformas, y por esta razón no trato aquí del sufragio universal más que para explicar la abstención.

..

Cuando hemos demostrado á los predicadores de reformas, la inutilidad del sufragio universal, y que no es cierto que éste represente á la opinión, éstos se han atrincherado detrás de este argumento: «Si la clase obrera, por la abstención sistemática se retira de la lucha, se excluye de hecho del derecho electoral y de la participación en la confección de las leyes, y esto es suprimirse á sí mismo ó entregarse completamente á la omnimoda voluntad de sus amos.» «¡Qué dicha para los capitalistas! La clase obrera suicidándose políticamente á sí misma; los privilegiados pudiendo gozar tranquilos de sus riquezas, puesto que quedarán libres de hacer lo que les venga en ganas».

Esto no es ver la cuestión más que por un lado, no es razonar. Y por si hemos olvidado la legislatura pasada, en la corriente nos demuestran que la política es un foco de corrupción, y que en cuanto á olvidar las promesas hechas á los electores, los socialistas no difieren en nada de los demás políticos.

Si han combatido ciertas restricciones á la libertad de pensar ó escribir, es porque han tenido miedo de que las leyes propuestas se volvieran contra ellos, y cuando han creído que éstas no perjudicaban más que á sus adversarios, se han abstenido, cuando no procurado legitimarlas. En todo caso cuando las han combatido no ha sido más que por el modo de aplicarlas, nunca por el principio mismo.

Hubo un momento en que el ministerio se apoyaba sobre ellas y entonces se negaron á votar las *Leyes facinerosas* (*Lois scelerates*) (1); pero sólo fué por conservarlo puesto que sabían que si se aplicaban éstas no sería contra ellos.

En el asunto Dreyfus, los diputados socialistas se han distinguido de los monárquicos?

¿No les hemos visto obedecer dócilmente al poder y votar todas las medidas capa

(1) Estas leyes fueron las promulgadas por el Parlamento francés contra los anarquistas, luego de los atentados de *Ravachol*, *Vaillant* y *Henry*, proyectadas, discutidas y aprobadas en ocho días, á pesar de la abstención de los socialistas, y que hubieron de derogarlas muy pronto en vista de lo estúpidas que resultaron y los efectos negativos que produjeron.—(Nota del traductor.)

ces de impedir el que la verdad pudiera hacerse? ¿Hemos visto á uno siquiera que haya osado levantar su voz para proclamar lo que la más vulgar virtud exige? Y sabiendo que cualquiera que sea el nombre de los que estén en el poder, nosotros y nadie más ha de pagar los vidrios rotos, ¿pueden reprocharnos como un gran crimen el no interesarnos por la forma en que han subido, y el que nos consagremos á combatirlos llámense como quieran?

*
*
*

Luego si la acusación de que hacemos el juego de los reaccionarios, no tiene gran valor, veamos lo que vale en el sentido de que propagando la abstención, quitamos á los candidatos más revolucionarios el voto de los electores avanzados y comprometemos las libertades conquistadas, dejando á los reaccionarios dueños del Parlamento.

Hoy la república está fuera de todo peligro. Bonapartistas y monárquicos pueden tener algún partidario; pero éstos no tienen ascendiente sobre las masas. Sublevarse les es imposible. Su adhesión á un régimen desaparecido no es más que un auto de fe sin ninguna consecuencia.

Los últimos acontecimientos nos lo demuestran, y las convulsiones del epiléptico Derouléde son la prueba convincente. Unidos á los republicanos reaccionarios y con el apoyo de todos los funcionarios, su acción es nula para un cambio de régimen. Y es que toda la plutocracia tiene interés en conservar el actual régimen con el nombre de república; con ésta tiene aquélla el poder sin debate ni contra alguna. Desatendiendo las reclamaciones de los descontentos, consiguen el que un gran número de hombres crean que la república es el régimen por excelencia para dar la libertad y el bienestar, y que si las funciones fueran desempeñadas por buenos republicanos, esto sería suficiente para obtener cuanto se desea.

Además de que esta plutocracia no quiere exponerse á los peligros de una sublevación de dudoso éxito, la burguesía no tiene ningún interés en tener un rey ó un emperador, al que tendría que defender con más energía que á la república, y el poder no sería tan suyo como lo es ahora.

Ejerciéndose el poder ella misma, la burguesía no tiene nada que temer, tanto más cuanto que el sufragio universal parece dar á los explotados una parte del poder de esta autoridad. Los millones que tendría que acordar para la lista civil le sirven para crear empleos numerosos donde se colocan los suyos, aumentando así el número de los interesados en su defensa. Con este procedimiento se quita de encima toda su responsabilidad, porque la explotación del poder resulta anónima.

El régimen monárquico que hubiera tenido los escándalos parlamentarios, que como póstulas han reventado en el régimen que soportamos, ó que hubiera intentado hacer leyes restringentes como las fabricadas por los republicanos que nos gobiernan, ese régimen hubiera muerto. El sufragio universal, salpicado con el lodo de las ambiciones y el charlatanismo, es todavía la mejor arma gubernamental en manos de la burguesía.

*
*
*

Por otra parte, es un error creer que un gobierno puede hacer absolutamente lo que quiera. Es un axioma eso de que *cada pueblo tiene el gobierno que se merece*; los gobernantes no hacen más que aquello que les permite la cobardía de los gobernados. Sean como fueren las leyes que vota un Parlamento, no pueden aplicarse si el pueblo no se presta á ello. Las famosas *leyes facinerosas* son un ejemplo. Estas debían concluir

con la anarquía; su texto autorizaba la persecución y el presidio para cualquiera que se llamase anarquista; excitaban al espionaje, á la delación, y condenaban á quien no se hiciera policía ó denunciador; y eso no obstante, nosotros continuamos llamándonos anarquistas, propagando nuestras ideas y haciendo la crítica del actual orden social, en los mismos términos, con igual energía que antes, y no se han atrevido á aplicarnos las tales leyes. Lo poco que han intentado aplicarlas fué durante la época del terror; y una vez pasado, cuando las han empleado, han resultado más benignas que las leyes ordinarias. Y esto ha sucedido así, simplemente, porque han tenido que respetar á esa parte del pueblo que opina que toda idea debe exponerse con entera libertad, y que á nadie le es permitido, ni siquiera á los gobiernos, el contener las corrientes del progreso.

La sola reacción que hemos de temer es la que viene del Parlamento, y, como hemos visto, la fuerza de la opinión pública puede hacerla fracasar.

• La vida de un pueblo no consiste sólo en elecciones, y fuera de este ejercicio no faltan obras en las que emplear la actividad, por ejemplo, en suscitar esta fuerza de la opinión pública que hace fracasar las leyes, y para esto no es necesario tomar parte en las intrigas y chanchullos electorales.

*
* *

Desengañados de la política, convencidos de lo corruptor del ambiente parlamentario y lo nocivo que resulta; sabiendo que las leyes son ineficaces en donde no las apoyan con hechos, los anarquistas han visto que, explotados y oprimidos, nada útil y bueno pueden sacar de un círculo corruptor, y, alejándose de él, demuestran la inutilidad de las campañas electorales é inician en otras luchas á sus compañeros de cadena.

• Sabiendo anticipadamente que las ventajas que los trabajadores pueden tener no valen, ni con mucho, el esfuerzo que se necesita para llevar un diputado al Congreso, y habiéndose dado cuenta de que los individuos que mendigan sufragios, prometiendo libertad y bienestar por medio de leyes favorables, no son sino trapaceros ó ignorantes; no queriendo ser engañados ni gastar fuerzas en tareas inútiles, los anarquistas han abandonado el campo político. Y esto en ellos no es sólo una convicción, es un hecho demostrado por la experiencia y el razonamiento, y, por consecuencia, una verdad que se esfuerzan en enseñar á las masas, convencidos de que obran desinteresadamente en bien de la justicia.

¿Pero dónde habrán aprendido los parlamentaristas que la abstención, tal como los anarquistas la propagan, es un sinónimo de desertión, que equivale á cruzarse de brazos y dejar á la burguesía el campo abandonado para que haga lo que le plazca? Así se forman esos espíritus que no pueden ver más que un lado de las cosas. Se consagran á una de las subdivisiones de la actividad mental, y una vez entregados á su monótona ocupación, quieren hacer de esta subdivisión el motor principal de todas las formas de la actividad humana, y cuando no niegan todo aquello que no resulta de sus estudios, quieren por fuerza, por esa fuerza de la estupidez, subordinarlo á su idea fija, y no aceptarlo sino como dependiendo del objeto de sus aptitudes.

• Los partidarios del voto ratiocinan igual que estas gentes, y dicen: «No queréis votar, luego vosotros no hacéis nada.»

• Según esto, los individuos que quieren ampararse del poder, desde donde deben prever todas las necesidades de una aglomeración social, salvar dificultades organi-

zar los servicios que necesita una sociedad, reglamentar y ordenar para que todo marche de un modo perfecto, demuestran ser espíritus insignificantes, casi idiotas, cuando al contrario, debieran ser imaginaciones de comprensión enciclopédica.

Queriendo ofrecer á unos cuantos la dirección del pueblo, lógico es suponer que, para salir airoso de su cometido, han de reunir todos los conocimientos humanos. Y los que con tales pretensiones se presentan, empiezan por razonar con el limitado conocimiento de cualquier negociante.

Es imposible que un hombre adquiera un cerebro enciclopédico; cualquiera que sea su desarrollo, la suma de conocimientos humanos es mayor que la capacidad cerebral de los mejor dotados, y el ser más inteligente no adquiere conocimientos sobre muchas materias, sino perdiendo profundidad en algunos de sus conocimientos, ó en todos á la vez.

Cualquiera que adquiriese un perfecto conocimiento de las cosas, que llegara á determinar todas las relaciones, que no realizara ningún acto, ni hiciera ningún movimiento, ni emitiera ninguna idea sin haber previsto antes en absoluto todas las consecuencias, podría predecir el porvenir, y, admitiendo que el espíritu de justicia absoluto esté en relación estrecha con el intelectual perfecto, salvo la inmortalidad, quien á tal grandeza llegara, tendría la potencia de un Dios, y podría tal vez gobernar con equidad á los hombres. Pero este sér no ha existido nunca, y es muy probable que la Humanidad habrá dejado de existir antes que ella lo produzca, puesto que en nuestros días que los conocimientos humanos son muy incompletos, ya no existe ningún individuo que pueda abarcarlos todos integralmente. Por consecuencia, digan lo que quieran los parlamentarios, absteniéndose de tomar parte en la comedia electoral, los anarquistas no piensan dejar libres á los que pretenden explotarnos.

JUAN GRAVE.

(Se continuará este artículo y sucesivos.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

La vuelta al gimnasio; noche de insomnio.—Agujetas febriles.—Los tres grados de las agujetas de fatiga.

Condiciones de las agujetas; inmunidad debida á la costumbre.

Explicación de los síntomas.—Insuficiencia de las teorías.—Síntomas locales; son debidos á las lesiones traumáticas.—Síntomas generales; se deben á una auto intoxicación.

Sedimentos úricos.—Influjo del trabajo muscular sobre su producción; divergencia de los autores.—Observaciones personales.—Condiciones que hacen variar la producción de los sedimentos, después del trabajo.—Aparición tardía de los sedimentos, después del ejercicio.—Influjo de la intensidad del trabajo sobre su producción.—Influjo, desconocido hasta hoy, del estado de adiestramiento.

Correlación observada constantemente entre la producción de las agujetas y la formación de los sedimentos.—Esta correlación se encuentra en todas las circunstancias que hacen al individuo más accesible á la fatiga.—Influjo de las causas morales sobre la fatiga consecutiva y sobre los sedimentos.

Si un individuo se ha abstenido durante muchos meses de todo ejercicio y un día vuelve al gimnasio, se encuentra dueño habitualmente, y desde el primer momento, de todo su vigor. Las dominaciones, los saltos, todos los movimientos más difíciles, los ejecuta sin esfuerzo, como en el tiempo en que los practicaba asiduamente. Se deja llevar del placer de encontrar de nuevo todos los aparatos abandonados hacía tiempo, prodiga el trabajo de los músculos y, por último, después de haber prolongado la sesión, abandona el local un poco asombrado de no experimentar ninguna fatiga al cabo de una hora tan bien empleada.

Por la noche, sin embargo, un poco de aplanamiento y somnolencia, le hace pensar que el ejercicio violento del día necesitará un suplemento de reposo, y se apresurará á pedir al sueño la reparación de las fuerzas gastadas.

Pero el sueño no viene. Se ha hecho imposible, por una agitación excesiva, un calor insoportable de todo el cuerpo, dolor de cabeza y hasta delirio. Si, ya cerca del amanecer, los ojos se le cierran un momento, despierta dolorido, cubierto de sudor; los miembros rígidos no pueden moverse; tiene la cabeza pesada, la lengua sucia y no hay apetito.

Durante el día, el estado febril de la noche se calma; pero queda un estado general de malestar, de incapacidad para el trabajo, de sensación de laxitud extrema; parece que tiene las piernas *rotas*.

Al cabo de veinticuatro horas, por lo común, el malestar general ha desaparecido, pero quedan sufrimientos locales, y, durante cinco ó seis días aún, todos los músculos que han tomado parte en el ejercicio forzado continúan rígidos, doloridos al tacto, incapaces de esfuerzo alguno.

Tal es el cuadro habitual de las *agujetas de fatiga*.

Las agujetas no ofrecen siempre el mismo conjunto de síntomas, porque se presentan en diversos grados.

Si el trabajo, cuyo hábito se había perdido, se ejecuta con cierta moderación, y sobre todo, si está localizado en grupos musculares restringidos, su efecto es comúnmente local y se limita á dolores musculares que, durante algunos días entorpecen el movimiento de los músculos empleados en el ejercicio. Las agujetas no salen de su primer grado.

Si los esfuerzos musculares han sido intensos y prolongados, sin traspasar, no obstante, demasiado la resistencia del organismo, el malestar general viene á añadirse á los dolores locales y á producir una sensación indefinible de laxitud, de ineptitud para el trabajo, que se hace extensiva hasta á los músculos que no han tomado parte alguna en el ejercicio. Pero el pulso sigue tranquilo y no se presenta síntoma alguno febril bien caracterizado. Un poco de abatimiento, de sensibilidad al frío, son los únicos indicios de esa perturbación pasajera de la salud. Este es el segundo grado de las agujetas, el que se observa más comúnmente y al que más en particular se refiere nuestro estudio.

Por último, cuando el ejercicio ha sido de una violencia excesiva, ó le ha soportado un organismo un poco resistente, el malestar que le sigue toma la forma de un

acceso de fiebre. Esto es lo que constituye las *agujetas febriles*, que hemos descrito al principio.

La fiebre de las agujetas, forma tipo de la fatiga consecutiva, no comienza, en general, sino algunas horas después del ejercicio que la ha producido.

Puede estar precedida de escalofríos y ofrece el cuadro completo de una afección febril grave. La violencia de sus síntomas puede á veces tener en suspenso el diagnóstico del médico y hacerle creer en una fiebre eruptiva al principio, en una intoxicación palúdica, ó en cualquier otra afección que comience por una fiebre intensa. Puede, en fin, prolongarse accidentalmente más allá del término habitual de su duración y persistir durante tres ó cuatro días, lo menos.

La intensidad de las agujetas no está siempre en proporción de la fatiga *inmediata*, que se deja sentir durante el trabajo y obliga á los músculos á cesar en su acción. El ejercicio va seguido algunas veces de agujetas, sin haber estado acompañado de ninguna fatiga muscular durante su ejecución. Algunas veces, por el contrario, el trabajo se ha llevado hasta el límite extremo de las fuerzas del individuo, sin que éste experimente el más ligero malestar consecutivo.

Y es que la producción de las agujetas depende de las condiciones en que se encuentra el individuo, más bien que de las condiciones en que se ejecuta el trabajo. Un ejercicio moderado, la marcha, por ejemplo, podrá dejar agujetas febriles á un hombre habituado á la inacción absoluta, mientras que la carrera ó la esgrima no producirán en un individuo bien adiestrado malestar alguno consecutivo, ni siquiera local.

Antes de investigar la razón de esta inmunidad debida al hábito, es preciso determinar la causa y el mecanismo de los síntomas de las agujetas.

Hay que hacer dos partes de los fenómenos que se notan en los individuos atacados de agujetas: los síntomas locales y los síntomas generales.

Aquéllos han sido más estudiados que éstos; y sin embargo, según M. Richet (1), no han sido explicados de una manera satisfactoria. Bajo el influjo de las combustiones orgánicas que acompañan al trabajo muscular, se produce en el músculo ácido láctico en exceso. Según las teorías admitidas, esta substancia, impregnando hasta la saturación la fibra muscular, es capaz de hacer que pierda momentáneamente su potencia contráctil.

«Pero, ante todo—dice M. Richet—experimentos recientes han demostrado que se produce poco ácido láctico durante la contracción. En seguida, la sangre alcalina, al pasar incesantemente por el músculo, debería, en cada momento, neutralizar el ácido láctico formado. Por fin, ¿cómo explicar que, muchos días después de la fatiga, tal ó cual músculo siga dolorido? Seguramente no hay ya huellas del ácido láctico que en él se formó por la contracción, setenta y seis horas antes (2).»

(1) Ch. Richet, *Les Muscles et les Nerfs*.

(2) El ácido láctico toma parte, sin embargo, en los fenómenos locales de las agujetas. Pero su acción es pasajera. La rigidez que se produce casi instantáneamente en un miembro recargado de trabajo, cuando la circulación de la sangre se hace más lenta con el reposo, debe atribuirse al contacto del ácido láctico. Esa rigidez, que hace tan penosa la vuelta al trabajo, concluye por disiparse de nuevo, después de algunos esfuerzos enérgicos, que llevan la sangre á los músculos.

La rigidez que se produce por el hecho del reposo es debida, no tanto al enfriamiento del músculo, como á la disminución de la circulación. La sangre no limpia ya tan activamente la fibra muscular, cuando el músculo cesa de contraerse. Al volver al trabajo, la corriente sanguínea, más intensa otra vez, arrastra el ácido láctico que impregna la fibra, y, además, gracias á su alcalinidad, neutraliza ese ácido.

En nuestra opinión, los dolores locales persistentes de las agujetas, deben explicarse por una serie de pequeñas lesiones materiales.

Si se hace sufrir á una región del cuerpo presiones enérgicas, manipulaciones prolongadas, como las de un amasamiento excesivamente fuerte, se determinan en las masas musculares así frotadas, fenómenos dolorosos persistentes, perfectamente análogos á los dolores musculares de las agujetas.

Por otra parte, se ve con frecuencia que un exceso de trabajo determina en los músculos y tendones sinoviales una serie de lesiones enteramente semejantes á las que podrían producirse por violencias exteriores. De un recargo de los órganos motores, pueden resultar inflamaciones de los músculos, que llegan hasta la supuración, inflamaciones de la envoltura sinovial con crepitación dolorosa de los tendones, lo mismo que de una violencia exterior sufrida por esos órganos; porque el mecanismo de los accidentes es, en ambos casos, el mismo.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

(Continuará.)

CIENCIAS FÍSICO-NATURALES

Electrización por influencia.—Teoría y descripción de una máquina eléctrica.—Electróforos electroscopios y electrómetros.

Electrización por influencia.—Un cuerpo electrizado obra sobre otro neutral del mismo modo que un imán obra sobre el hierro dulce. Este fenómeno de inducción se explica todavía diciendo que el cuerpo electrizado descompone el fluido neutral del otro cuerpo, atrayendo la electricidad contraria para contrarrestar la que tiene, y repeliendo la del mismo nombre; en este caso el cuerpo que primeramente se hallaba en estado neutro queda después *electrizado por influencia ó por inducción*, con la particularidad de que en él domina la electricidad influida. Esta hipótesis no puede prevalecer ante las nuevas teorías.

Todos los cuerpos son conductores de la electricidad poco ó mucho, como lo demuestra el que todos son más ó menos electrizables: desde luego los menos conductores son los que más fácilmente aíslan la electricidad en un estado de mayor ó menor tensión electrostática. En este supuesto, la electrización por influencia no es ni más ni menos que un aislamiento de la corriente por su dificultad en la propagación para llegar al depósito común ó al equilibrio natural.

Las atracciones y repulsiones eléctricas no son otra cosa que cambios de nivel, lo mismo que se observa en los gases y en los líquidos con tendencia á equilibrarse. Siempre que un conductor electrizado, unido á otro por medio de un alambre metálico, cede ó toma electricidad, es que tiene potencial diferente más ó menos elevada; cuando no hay transmisión de uno á otro, la potencial es la misma en ambos, ó lo que es igual, la masa eléctrica se encuentra al mismo nivel en ambos conductores.

Máquinas eléctricas.—Se da este nombre á toda máquina capaz de producir un manantial continuo de electricidad. Los órganos esenciales de toda máquina electrostática son: el *productor*, el *colector* y el *transmisor*. La máquina eléctrica de disco

ideada por Ramsden, en Londres, el año 1876, consta de un disco de vidrio, que puede girar alrededor de su eje mediante la fuerza aplicada en el manubrio; al girar el disco, sube el frotamiento de unas almohadillas de cuero, cubiertas de oro musivo, y, merced á esta acción mecánica, se electriza; los colectores, que abrazan el disco y que se llaman *peines* por estar armados de dientes, recogen la electricidad en parte y la transmiten á dos grandes cilindros metálicos, con los que están en comunicación; estos dos cilindros, que son los conductores, están aislados por pies de vidrio. Las armaduras del disco se hallan guarnecidas de unas tiras de estaño, que comunican con una cadena metálica, por donde parte de la electricidad marcha al depósito común.

La teoría de esta máquina sigue siendo aún bastante convencional: supónese que el disco se electriza positivamente por frotamiento, ó, mejor dicho, que su fluido neutro se descompone en positivo, que corre por cilindros, y en negativo, que marcha al depósito común por la cadenilla. Como no admitimos tal diferenciación en un mismo fluido, la teoría más racional consiste en suponer que, por causa de la interrupción ó solución de continuidad en el circuito que la corriente tiende á describir, la tensión eléctrica se manifiesta en los cilindros; y tan pronto como se establece el circuito entre el depósito común y cualquiera de los conductores cilindricos, estalla la chispa y la masa eléctrica llega á su nivel. Para recomponer el circuito, basta aproximar el dedo á los cilindros y estallará la chispa, porque el operador se halla electrizado por el suelo.

La cantidad de electricidad que produce esta máquina depende del mayor diámetro del disco y de la rapidez con que gire: la mayor tensión dependerá de que el ambiente esté seco y de que los cilindros ó conductores se hallen bien aislados.

La máquina eléctrica de Nairne tiene sobre la anterior la ventaja de utilizar toda la corriente eléctrica, porque no comunica directamente con el depósito común. En lugar de disco tiene un cilindro de vidrio: la electricidad, desenvuelta en éste por frotamiento, es recogida por dos colectores separados y transmitida respectivamente á los conductores, terminados por dos varillas curvas, en cuyos extremos estalla la chispa.

Electróforo.—Este aparatito puede considerarse como una máquina eléctrica muy sencilla. Se compone de una torta de resina contenida en un plato de madera, y de un disco cubierto de papel de estaño aislado por un mango de vidrio. Después de secos ambos discos por la acción del calor, se golpea el resinoso con una piel de gato, é inmediatamente se electriza; entonces se aplica sobre éste el disco metálico y queda electrizado por influencia. La teoría de esta máquina es la misma que la de Ramsden: parte de la electricidad marcha al depósito común, y al recomponer el circuito tocando con el dedo el disco influido, desaparece la tensión, estallando la chispa.

Electroscopios.—Se da este nombre á los aparatos que sirven para evidenciar el estado eléctrico de un cuerpo. El más sencillo es el *péndulo eléctrico*. Consiste en una esferita de medula de saúco suspendida de una hebra de seda y pendiente de un pie aislador de vidrio. Cuando un cuerpo electrizado se aproxima á ella, es atraída inmediatamente y luego repelida en el sentido de la corriente. Esto demuestra que en el primer momento obra la medula como conductor y se satura de electricidad; en el segundo caso, como la electricidad queda aislada, se mantiene en tensión y la

médula es repelida por la misma corriente, mientras otra contraria no restablezca el nivel de la masa eléctrica.

El *electroscopio de panes de oro*, consiste en un vaso de vidrio, colocado sobre un platillo de cobre; la boca está cerrada por un tapón y un mastic resinoso aislador; al través del tapón pasa una varilla de cobre, que en la parte exterior está limitada por una esferita, y en la interior termina por dos panes de oro. Cuando un cuerpo electrizado se aproxima á la esfera, ésta adquiere cierta tensión eléctrica que se comunica á los panes de oro, los cuales se repelen mutuamente, separándose. La electricidad pugna por salir; pero el circuito queda interrumpido por el cristal de la vasija, mientras una corriente contraria, aplicada á la esfera, no nivele la masa eléctrica. Suelen añadir á este aparato dos láminas de estaño para aumentar su sensibilidad.

Electrómetros son unos aparatos destinados á medir la tensión eléctrica. El que más suele usarse es el *electrómetro de cuadrante*, que consiste en una varilla de madera con un péndulo eléctrico, que se mueve sobre un círculo graduado. La separación del péndulo mide la tensión eléctrica. Los más de los electrómetros no son más que simples electroscopios.

FRANCISCO SALAZAR.

CRÓNICA ARTÍSTICA

El plan de estas *crónicas* es muy sencillo. Se trata de un trabajo al alcance de todos: un hombre que se encuentra delante de la realidad y da cuenta de las impresiones artísticas que le inspira. Los libros, los teatros, los museos, las fiestas de las multitudes, los conciertos, las casas y las calles y los jardines y las estatuas le hablan, y él cuenta las cosas que le dicen.

No siempre hablaré del último libro, aunque seguramente no haré ninguna bibliografía de las obras de Plotino. Entre los autores modernos escogeré los que más puedan interesar. Por ejemplo, acabo de leer la novela de Tolstói titulada *Resurrección* y diré lo que me ha parecido.

Es innegable que se trata de una obra de arte. Sea cual fuere el propósito de su autor, el aspecto artístico de la obra es superior á los demás. Un príncipe ruso, Nekhludov, que violó en otro tiempo á Katucha, sirvienta criada en casa de su tía, la encuentra al cabo de diez años ante el tribunal en que él ejerce de jurado adonde comparece acusada de un crimen que cometió inocentemente. Katucha es condenada y Nekhludov que no ignora la vida depravada de prostituta que llevó en los últimos años la mujer engañada por él, resuelve redimirse y redimirla renunciando á todo y casándose con ella. Al terminar la novela, el príncipe marcha á la Siberia acompañando á Katucha condenada á trabajos forzados.

Hay en esta obra páginas de una belleza clásica. Los amores primeros del príncipe con la moza, la misa de Pascua en la madrugada del sábado de gloria, la salida del convoy de seiscientos presos para la Siberia, y la escena en que Katucha experimentando el goce de la resurrección de su alma embrutecida, sonríe al príncipe al partir el tren de los condenados, producen emoción vivísima por la sobriedad y honda belleza de la descripción.

Es verdad que en el resto de la obra hay alguna prolijidad senil. El lector comprende que no había necesidad de caracterizar á todos los personajes secundarios de la novela contándonos detalles de su vida, por escogidos que sean. La obra produce una sensación de realismo completo; pero el arte no gana nada con ello.

Todo hace creer que Tolstoï ha escrito su novela para impresionar al mundo con la tragedia de las prisiones. Nos cuenta infinidad de historias de inocentes, nos presenta innumerables tipos de jueces, carceleros, gobernadores, abogados y fiscales, y describe la cárcel y la vida que se lleva en ella. Sin embargo, no creo que la obra produzca el efecto apetecido. Se ve que el autor *ha tenido el propósito* de hacer este libro, esto es, que no le ha salido naturalmente. Y la cosa resulta estudiadamente repugnante. Nos da la impresión que al hombre libre le produce la entrada en un presidio; pero se ve demasiado que el autor no ha vivido aquello.

El aspecto social de la novela es inferior á los demás. El príncipe Nekhludov no ha hecho hasta ahora otra cosa que aplicar individualmente las teorías de Georges sobre la nacionalización de la tierra. Esta idea de renunciar á sus bienes, tantas veces predicada por Tolstoï, y aun creo que practicada por él, me parece de un egoísmo nada recomendable.

No es posible explicar aquí mi pensamiento. Nekhludov renuncia á todo y creo que si no fuese egoísta no lo haría. Así se salva él, su conciencia queda tranquila, á pesar de que realmente no redime con ello á nadie más que á sí mismo. Sería más grande guardar sus riquezas y su poder, y aprovechar la fuerza que le dan para hacer todo el bien que un hombre de gran corazón puede llevar á cabo. Su vida entonces sería una continua victoria contra la tentación de echar mano de sus riquezas sólo para sí; nada más noble que vivir honrada y modestamente en medio de la opulencia. Mientras que renunciando á todo de una vez el hombre comete una cobardía, se desprende de lo que pudiera tentarle, porque no es bastante fuerte para triunfar de sus apetitos. Es un egoísta que sólo atiende á su salvación.

* * *

Es preciso aprovechar las ocasiones cuando pasan. Los aficionados á la buena música, que además disponemos de unas pesetas semanales, tenemos conciertos de música de salón en la Comedia y de música sinfónica en el Real. A los primeros acude solamente la *buena* sociedad, porque se dan los jueves por la tarde, y dicho se está que los *parias* no pueden darse el lujo de dejarlo todo por el arte.

Hasta ahora los programas de la sociedad de cuartetos han sido casi inmejorables. Hemos oído, aunque no saboreado, obras de Haydn, Mozart, Beethoven, Schumann, Mendelshon y Brahms. Se trata de simples lecturas que no pueden entusiasmar á los que conocen bien tan hermosas obras. A los demás se nos hace un gran bien, porque si bien estas lecturas no nos deleitan hondamente, nos instruyen.

La sonata conocida con el nombre del *rayo de luna*, de Beethoven, fué materialmente fusilada al piano por un señor Furundarena que tuvo la prosopopeya de tocarla sin papeles delante. Cuando vuelvo á mi casa procuro gozar intimamente lo que he oído, y escribo al lado del programa unos comentarios titulados: *Los Jardines de la Música*. Cosas para mi solo, emanaciones de un placer interior.

Es verdad que á veces los cuartetos de Schumann me dan una alegría pálida y deprimente, que las páginas de Mendelshon me hacen vanidoso y superficial; pero Haydn me hace volver á una simplicidad pueril, Beethoven me exalta con la pasión

humana que ruge en él, y Mozart eleva mi alma y me hace más noble y más bueno.

En el Real se está haciendo una campaña deplorable. La Sociedad de Conciertos, y aun el público de Madrid, en vez de progresar, pierden visiblemente. Ya hemos oído, entre grandes aplausos, algo de las *Vísperas sicilianas*, y si la cosa continúa, pronto nos tocarán el *Nocturno* de *El Rey que rabió* ó el duo de tenor y tiple de la *Verbena de la Paloma*.

Así se comprende que uno de los mejores músicos modernos deje al público en la mayor indiferencia. La sinfonía de la ópera *Hensel und Gretel*, del maestro alemán Humperding, el gran evocador del arte popular, apenas si mereció el aplauso de cuatro sujetos de esos que lo aplauden todo. Y es que nuestro público ignorante no se ha enterado de que se las había con uno de los más grandes artistas de nuestra época. Cuando, dentro de cincuenta años, haya llegado hasta aquí la gloria del maestro de Sigfrid Wagner, entonces exclamaremos: ¡Ah!, ¡oh!, ¡uh! *Eso es música, y lo demás es guasa viva*.

El maestro Campanini, que ha demostrado no entender la mayor parte de piezas de concierto dadas á conocer, se ha empeñado en llevar de prisa todos los números que requieren mayor majestad en la ejecución. Las obras resultan sin colorido alguno, frías y sin alma, á pesar de lo cual la prensa se deshace en elogios. ¿Hasta cuándo tendremos que sufrir estos Campaninis y demás *inis* insoportables?

Este año *La Walkyria* ha sido cantada en italiano. Aquello de la ópera en español, con traducciones de Cadenas, no ha dado juego. Aconsejo á los que tengan dinero para ir al Real que, una vez vista la decoración de cada acto, procuren crearse un ambiente interior para la obra, y que luego cierren los ojos y hagan todo lo posible para no oír á los cantantes. Sólo de este modo podrán saborear algo la hermosa creación del maestro de Bayreuth.

*
* *

Como esta es una crónica artística, no hablaré de las comedias que se ponen en nuestros teatros. El arte no tiene nada que ver con esas porquerías. Hace año y medio que vivo en Madrid y confieso que no he entrado todavía en el Teatro Español, como no he ido á ver las juergas parlamentarias que se corren en el Congreso. Dicen que es muy divertido; pero yo encuentro que en casa se está muy bien.

No obstante, procuraré violentarme algo. Prometo á mis lectores ir á ver las representaciones que obtengan mayor éxito, aunque no sea más que para reírnos un poquito. ¡Es tan triste la vida! Claro está que dejaremos á un lado las obras de chulos: un Goya de la literatura haría esto muy bien; pero los que ahora andan desesperados en busca de los trimestres de cinco mil duros, valen bien poco.

Tengo una ilusión: no he visto nada de los hermanos Alvarez Quintero, y me parece, por lo que he oído decir, que han de tener algo de ese Goya apetecido. Por eso quiero ver algo de estos autores; pero lo voy aplazando, porque temo perder una ilusión más.

Los pintores no me dan materia para mi crónica. Algún día hablaré de dos jóvenes dibujantes muy simpáticos: Sancha y Leal da Cámara. También procuraré dejar espacio para decir cuatro palabras sobre un libro de Pío Baroja que nos ha revelado un alma sórdidamente vasca en sus *Vidas Sombrias*.

De escultura no sé más sino que adelantan los trabajos para erigir un monumento á Cánovas del Castillo. Recomiendo á mis lectores madrileños que lean la historia de

aquel Alcibiades griego, que viendo la ciudad de Atenas infestada de divinidades orientales, se armó de un martillo y fué cortando manos y narices, y aun la cabeza y el tronco, cuando podía, de todas las imágenes vergonzosas que encontraba en parajes públicos.

* *

La Sociedad del *Mercur de France*, ha publicado últimamente *Humain, trop humain*, de Federico Nietzsche. Lo que á vosotros os parece ideal, es á mis ojos miseria humana, demasiado humana. He aquí el sentido de este título explicado por el mismo autor.

En su primera edición apareció la obra dedicada á Voltaire y fué calificada por el mismo Nietzsche de *libro dedicado á los espíritus libres*. En *Ecce-Homo*, escribió más tarde una autobiología, en que afirmaba que la obra de que tratamos era el monumento conmemorativo de una crisis, en que cada frase expresa una victoria.

Mandó dos ejemplares al maestro de Bayreuth, y en el correo se cruzaron con uno del libreto de *Parsifal* en que Ricardo Wagner se titulaba *consejero eclesiástico*. Dice Nietzsche que en esta coincidencia le pareció oír algo así como el choque de dos espadas que se cruzan.

En otras *Crónicas* quiero hablar de las principales obras de Nietzsche, una por una. Acabo de recibir el *Así hablaba Zaratustra*, en español, y con esta ocasión diré algo del original en el próximo número. No es, pues, este el momento más propicio para hacer la crítica de la obra filosófica de Nietzsche.

En *Humano, demasiado humano*, hay realmente la crisis de un ideal preconcebido en lucha con todas las creencias más santas y aparentemente libres. La revelación había surgido en abstracto en el cerebro del autor, y al aplicar su luz á la realidad, cada nueva victoria representaba una vieja ilusión que se desvanecía tras la derrota del amor rutinario que trataba de defenderla.

La vida, sin embargo, reclama sus derechos y vence á veces el ideal. Esto revela una especie de sinceridad instintiva en el autor, una confesión continuada de que la realidad es más perfecta que el ideal soñado. En medio del intelectualismo nietzscheano, estas aparentes contradicciones nos revelan que en nuestro autor había un hombre, más bien que un simple intelectual. El derecho á contradecirse, la falta de respeto á la idea que pretende tiranizarle, son manifestaciones del hombre contra el filósofo.

En esta obra puede iniciarse un concepto que trataremos de comprobar en las demás del mismo autor. La filosofía de Nietzsche es psicológica, en lo cual sigue la tradición de Kant y de Schopenhauer, sin dejarse deslumbrar por la hueria dialéctica de Hegel, á quien el último de los filósofos mencionados llama *charlatán*.

A la antigua concepción cosmológica, puramente objetiva, opuso Kant la filosofía de la razón, el subjetivismo psicológico. El aspecto dialéctico, simplemente formal, de los hegelianos no fué una evolución, sino una desviación, una especie de gongorismo filosófico. Nietzsche es la protesta, quizás algo enferma, de la tradición alemana. A través de la forma artística siempre exuberante, permite concebir el progreso de la filosofía psicológica. No obstante, Federico Nietzsche, más revolucionario que sus antecesores en sus aplicaciones á la vida, no tiene la fuerza especulativa de aquéllos. Sus reglas son más hermosas y más grandes que sus principios.

PEDRO COROMINAS.

EL ARTE Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Con este título las mujeres artistas berlinesas han celebrado una brillante fiesta en los espaciosos salones de la Filarmónica.

Gran número de escultoras, pintoras y escritoras notables, actrices famosas, mujeres pertenecientes á todas la carreras y al mundo elegante asistieron á esta fiesta, rivalizando en belleza y buen gusto.

El arte Antiguo, Renacimiento y arte Moderno estaba representado allí, con la ventaja de que los personajes caracterizados por aquellas mujeres, radiantes de hermosura y entusiasmo, eclipsaban muchas veces las figuras de los más renombrados maestros italianos.

La música, la poesía, la literatura, la pintura, la escultura que á través de los siglos han creado los diversos países del mundo con sus variadas escuelas, religiones, y costumbres veíase personificado allí, codeándose el artista pagano con el cristiano, el clásico con el romántico, en la más confraternal alegría, como si verdaderamente el tiempo y el espacio fuera sólo un sueño de los que á todo ponen límites para restringir las expansiones del sentimiento y del cerebro.

Considerando que hoy las formas del arte son el reflejo de la humanidad en sus relaciones con la vida moral é intelectual, nos alegramos que las mujeres berlinesas hayan celebrado esta fiesta que tiende á armonizar las relaciones citadas. Nos alegraremos muchísimo más el día que se celebre una fiesta semejante, pero con un arte nuevo, con un arte que enaltezca el trabajo, que simbolice el ideal del progreso, que sea el reflejo del hombre en sus relaciones con las necesidades materiales. Y nos explicaremos.

*
* *

Ante todo preguntamos, ¿qué es arte? Con seguridad que unos, por no ser menos que Víctor Hugo, nos contestarán: «Arte es lo bello; vario según los genios; pero siempre igual á sí mismo; por eso es supremo». Otros nos dirán: «El arte no es la belleza, sino simplemente la expresión de un sentimiento por medio de la forma»; y otros, englobando estas dos apreciaciones en una sola, aunque parezca inverosímil, por negar la una, y afirmar la otra, añadirán: «Arte es lo que conmueve, lo que produce emoción estética». Conviniendo todos en que arte es *algo*, sólo que este algo varía en cada uno.

Ahora bien; tanto si el arte es lo bello, como si es la expresión de un sentimiento por medio de la forma, necesitamos emoción estética para obtener arte.

Nos hablan algunos del arte cristiano, presentándolo como el único que ha sabido representar lo bello, conmover el espíritu, elevar al hombre, porque ha unido el contorno y el pensamiento, la forma y la conciencia, la esfera y el arcano, la luz y la sombra, el agüero de la sibila y la lágrima de la Virgen.

Pero los que esto dicen olvidan que todas las religiones han pintado perfectamente el horror ó la belleza de sus ídolos y los repugnantes ó sencillos misterios de sus dogmas en la arquitectura y la escultura; y que Grecia fué la primera que nos dió la belleza corporal en Venus y Adonis, en Diana y Apolo, belleza que aun hoy reproduce el arte cristiano, como fué de ella de quien recibieron los brillantes resplandores los pueblos de Oriente, y tras su caída, jirones de su manto artístico fueron á parar á los pueblos occidentales.

Desde las figuras mitológicas, que son herencia directa del arte griego, á los pasajes evangélicos del arte cristiano, nos presentan las mismas escenas, variando sólo los colores y las fisonomías, según la raza, el ingenio y educación del artista. El pintor flamenco nos pintará las divinidades mitológicas y las vírgenes cristianas con la fisonomía del tipo flamenco; ejemplo Rubens: el pintor holandés, nos pintará estas mismas divinidades y vírgenes con el tipo de las mujeres de Holanda; ejemplo Rembrandt: como Rafael, el llamado jefe de la escuela romana, ha pintado sus Madonas con la fisonomía y el contorno de la trasteberiana que le servía de modelo.

Nada tiene de innovador el arte cristiano, como nada tiene de original, como nada tiene de útil. No podemos ni debemos, pues, considerarlo como el único que haya producido la emoción estética que necesitamos para producir arte.

Además de que, según el gusto del pintor, según el tipo de que está encariñado, vemos á los personajes de sus obras. A Cristo unos le pintan moreno, pelo negro y lacio, barba clara, fisonomía de gitano puro; otros, con ojos azulados, pelo castaño, más bien rubio, tez blanca, barba rizada, perfil perfecto como un circasiano. Y eso que tratándose de un tipo sagrado, debería todo el mundo parecer como que sus cuadros salen de un molde común, cada artista hace de su capa un sayo.

¿Qué diremos de los cuadros que representan á la virgen? Lo mismo que del Cristo; no todas las Concepciones se parecen á las de Murilló, ni viceversa: cada autor las pinta á su capricho.

Taine ha dicho en *El ideal en el arte*, que en la historia de la pintura una docena de personajes y de escenas evangélicas ó mitológicas han hecho todo el gasto. Efectivamente; entremos en cualquier Museo de pintura y veremos, ó estas escenas de que nos habla Taine, ó los bustos y retratos de los reyes de la época del pintor, como demostrando que ni es desagradecido á las mercedes recibidas, ni hay otra cosa digna de la inmortalidad que los personajes religiosos ó de sangre real.

Rubens, Van-Dyck, Rembrandt, Ribera, Juanes, Murillo, Velázquez, Guido Reni, Veronés, Tiziano, Andrés del Sarto, Rafael, Miguel Angel, Zurbarán, Greco, pintores de fama universal y que en todos los Museos existen cuadros suyos, sus asuntos han versado sobre la Sagrada Familia, algún santo ó santa, figuras mitológicas ó familia real. Sólo hay alguna excepción, por ejemplo, el Tintoretto, que pinta más la Naturaleza, en todas sus manifestaciones, que los asuntos citados, y Goya que, después de pintar á Carlos IV y María Luisa de mil maneras, nos pone la carne de gallina con sus espantosos caprichos.

Si de la pintura pasamos á la escultura, tenemos: musas y divinidades del Olimpo, bustos de los Césares romanos y de sus familias, ninfas y sátiros, aras de dioses, etc.; menos variación, y el ideal griego dominando en toda la línea. He ahí lo que ha sido el arte á través de los siglos.

¿Queremos decir con esto que no hay arte, que no se ha producido ni se produce arte? De ninguna manera; cada época ha tenido su arte, es decir, su ideal y su forma, aunque hay épocas que pueden distinguirse muy poco de las otras por tener perfecta concordancia entre sí.

La civilización egipcia nos produjo en arte un tipo original é invariable y que por lo mismo que carecía de lo que produce emoción estética, no ha tenido imitadores ni plagiarios.

Los monumentos de la arquitectura egipcia presentan en todas partes la misma solidez y duración, quedando sacrificadas la gracia y la elegancia á la grandeza de las

proporciones. La estatuaria se distingue por su inmovilidad y rigidez: todas las obras parecen vaciadas en un mismo molde, y los cuerpos sin articulaciones, sin vivacidad, sin expresión alguna, nada dicen á nuestros sentidos. Además, siempre los mismos obeliscos, las mismas pirámides, los mismos sarcófagos, idénticos monstruos colosales.

La civilización griega es otra cosa: es la madre del arte oriental y del de los pueblos de Occidente.

Cuando hablamos de la Grecia de nuestros sueños, todos los mármoles nos recuerdan á Fidias, todos los cantos á Homero, todos los suspiros á Safo. Si para el arte hubiese existido una edad de oro, esta sólo sería posible en la Grecia antigua, en aquella Grecia que ilustró Platón, apóstol del paganismo; que elevó Aristóteles, fundando una doctrina que llenó al mundo y dió tanto que hacer al pensamiento humano; que inmortalizaron Pitágoras, Sócrates, Homero, Píndaro, Herodoto, Plutarco, Pericles y Demóstenes; en aquella Grecia, en fin, que siendo conquistada, venció con sus maravillas los alfanjes de la Roma conquistadora, que adoptó su civilización.

Pero este arte común de más de cien generaciones, y que aún priva hoy, no es arte de nuestros tiempos, que queremos en todo el reflejo de la realidad, porque en nuestros tiempos hay esclavos que redimir, vicios que extirpar, dolores cuyos gemidos se ahogan entre las tétricas paredes de una guardilla ó en los sombríos rincones de un calabozo, sin que nadie se haga eco de ello cuando, como dice Pí y Margall, «se ha cantado en todos los siglos á Prometeo, que arrebató del Olimpo el fuego, y, por su audacia, estuvo clavado en una de las rocas del Cáucaso, donde un buitre le roía las entrañas; á los Titanes, que se atrevieron á escalar el cielo y fueron precipitados á los infiernos por los rayos de Júpiter; á Satanás y á sus ángeles rebeldes, que disputaron el trono á Dios, y, vencidos, cayeron al fondo de los abismos».

¿Por qué, pues, la poesía, la pintura, la escultura, no cantan, pintan, cincelan las luchas de nuestros días, el continuo batallar de los pueblos por ideales de progreso de humanidad, de libertad?

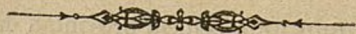
¿Qué sacamos con que los genios se imiten unos á otros, convirtiendo, por ejemplo, *El Edipo rey*, de Sófocles, en *Rey Lear*, de Shakespeare, en *Papa Goriot*, de Balzac, y que el *Don Juan*, de Tirso, lo reproduzcan y lo imiten y lo estropeen ó lo mejoran Molière, Byron, Dumas, Calderón, Espronceda, Zorrilla?

¿Qué valen los dioses mitológicos ante la grandeza de la personalidad humana? Y sin embargo, han alimentado el genio de todas las generaciones pasadas, que, como la nuestra, tuvieron sus luchas, sus miserias, sus dolores; pero que tenían sus creencias, y lo hacen con la nuestra que hemos soterrado los dioses, despoblado los Olimpos y levantado el pensamiento por encima de todas las supersticiones. ¿Por qué sucede así? Porque el genio no vive con su siglo, no siente lo de su siglo, no tiene ideal progresivo como su siglo.

Cuando el arte tenga ideal será cuando nosotros nos alegraremos inmensamente de que se celebren fiestas como la de la Filarmónica de Berlín.

Y el arte tiene ideal siempre que los artistas son pensadores.

SOLEDAD GUSTAVO.



LOS SEPULCROS BLANCOS

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J A I M E B R O S S A

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos precedentes. La habitación está completamente á obscuras. La mesa cubierta por un tapete gris. Encima de ella un jarro blanco con flores marchitas. Todas las ventanas cerradas. Sofía, vestida de negro, sale á escena por la derecha. Lleva en la mano una palmatoria encendida, que deja encima de la mesa. Suspira hondamente, y, mirando en torno suyo, exclama con voz apagada:

Sofía. ¡Qué insomnio! *(Silencio; dan las cuatro en un reloj de la casa. Sofía escucha con atención reconcentrada).* ¡Las cuatro!... *(Se dirige con paso resuelto, pero silencioso, hacia las vidrieras, y las abre.)* Veamos si amanece. *(Se ven los primeros rayos del sol. Suspirando con ansia, dice):* ¡Ah! *(Queda extasiada contemplando el horizonte. Largo silencio. Se oye por la izquierda un rumor tenue. Sofía vuelve la cabeza para escuchar. Permanece un momento inmóvil, conteniendo la respiración; luego se aproxima á la puerta de la izquierda y murmura entre dientes):* Es Guillermo. *(Tiene en la cara una expresión indefinible de alegría. Aparece Guillermo en la puerta. Está pálido.)*

Guillermo. Sí; soy yo.

(Quedan mirándose fijamente. Sofía cobra ánimo, y dice con resolución):

Sofía. ¿Estás decidido? *(Guillermo no contesta; silencio.)*

Guillermo. No hagas ruido, que Juana duerme.

Sofía. ¿Está tranquila?

Guillermo. *(Con displicencia).* No lo sé.

Sofía. ¿Recela algo?

Guillermo. ¿Cómo quieres que recele? ¡Pobres de nosotros!

Sofía. ¿Crees que se vengaría?

Guillermo. *(Pasándose la mano por la cabeza, como queriendo apartar de ella los pensamientos que le preocupan).* No lo sé. Porque me parece que todavía no la conozco bien; pero su cólera sería terrible. *(Silencio.)* ¿Has dormido, Sofía?

Sofía. No.

Guillermo. Yo tampoco. *(Silencio.)*

Sofía. ¿Sabes que no me pareces el mismo de ayer?

Guillermo. *(Con inquietud).* ¡He padecido tanto esta noche!... ¡Qué terrible insomnio! Todo mi pasado desfilaba por mi imaginación, y al volverme al porvenir veía un caos. ¿Hemos pensado bien lo que hacemos, Sofía?

Sofía. *(Con impaciencia).* ¿Dudas?

Guillermo. Sí, Sofía; las fuerzas me faltan.

Sofía. ¡Cómo! *(Se sienta abatida, y murmura entre dientes):* ¡Cobarde!

Guillermo. *(Paseando por la sala).* Piensa lo que quieras; pero me faltan fuerzas; veo todo mi pasado delante de mí. Quisiera huir de esa mujer, que me atrae, que absorbe mi vida, que me anula; pero ya no tengo fuerzas. *(Con emoción.)* ¡No puedo, no tengo energía; estoy perdido!

Sofía. (*Aturdida, pálida, y con sollozos contenidos*). ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué imbecil he sido, poniendo mi esperanza en un sér sin voluntad. (*Pausadamente.*) ¡Ignoras el daño que me haces, Guillermo! ¡Me has cerrado todas las puertas! (*En voz baja, y como hablando consigo misma.*) No puedo vivir sola, sin amparo. ¿Qué será de mí?

Guillermo. Quisiera ser lo bastante fuerte para sobreponerme á todos los obstáculos que me debilitan.

Sofía. (*Rehaciéndose y con coraje*). ¿Y por qué no serlo? ¿Te lo prohíbe la conciencia, el amor ó el remordimiento? (*Guillermo queda confuso ante la vehemencia de Sofía.*) ¿La quieres? No. ¿Pues por qué no seguirme adonde te conducen tus propios sentimientos?

Guillermo. ¿Mis sentimientos? (*Queda perplejo un momento. Después suspira.*) Todavía no sé cuáles son mis sentimientos.

Sofía. (*Con angustia*). Estás delirando, Guillermo.

Guillermo. (*Con tristeza y abatimiento*). ¿Quién de los dos delira?

Sofía. (*Acercándosele amorosamente*). ¡Ah! ¡Guillermo, ya no me quieres! (*Le toma las manos; llora.*)

Guillermo. Sí, Sofía; te quiero con todo mi corazón, con toda la fuerza de que soy capaz.

Sofía. Pues ¿por qué no vienes conmigo? ¿Por qué no me sigues? ¿Crees que no seríamos felices? Lejos de aquí, los dos solos, yo trabajando para realizar mis proyectos, tú volviendo á comenzar la vida que has dejado atrás por culpa de Juana. ¿Qué más quieres? ¿Qué más deseas?

Guillermo. Sofía, ¿crees sinceramente que yo sería capaz de sobreponerme á todos los pensamientos que el maldito remordimiento haría nacer en mi conciencia? Si te sigo, mi debilidad los suscitaría á cada momento y no podríamos ser felices; mi conciencia sería un verdugo para mí, y yo tendría que serlo para ti.

Sofía. Y no siguiéndome, ¿serás feliz?

Guillermo. No, no; yo no lo seré nunca al lado de Juana. He descubierto que amaba únicamente su cuerpo y no su alma. Su belleza me tenía cautivo; pero ahora me repugna la sequedad de su espíritu.

Sofía. (*Recobrando el ánimo*). ¿Y dices que ya no hay esperanza? ¿No quieres venir?

Guillermo. (*Con emoción*). No puedo. (*Silencio.*)

Sofía. Pues, adiós. Tú te quedas porque no tienes fuerzas; yo las tenía, pero tu debilidad acaba de quitármelas. ¡Qué desgraciada soy!

Guillermo. (*Emocionado*). Perdóname, Sofía. (*Se lanzan el uno en brazos del otro. Silencio.*)

Sofía. Has despertado en mi corazón la vida del amor. (*Silencio.*) No puedo ir sola por el mundo. Mi primera experiencia me ha convertido en una víctima. Si tú me acompañaras, el mundo se abriría á mis pasos, dejando en medio un camino recto. (*Pausa. A medida que avanza el día se oyen los rumores de la Naturaleza, despertándose. Los gallos cantan, respondiéndose á distancia.*) No puedo perder tiempo.

Guillermo. (*Queriendo animarla*). Quédate, Sofía; trataremos de convencer á Juana.

Sofía. (*Con reconcentrada energía*). Después de lo pasado, no puedo continuar vi viendo así.

Guillermo. (*Con angustia*). ¿Dónde quieres ir?

Sofía. No lo sé. Mi cabeza es un infierno de confusiones y delirios. Lejos de ti no veo clara mi situación ni adivino mi porvenir.

Guillermo. ¡Sofía, quédate!

Sofía. Es imposible. *(Pausa.)* ¿Vienes?

Guillermo. No; es imposible. *(Se sienta en la mecedora. Sofía, dando la vuelta en redondo, se dirige á la vidriera. Guillermo se tapa la cara con las manos. Al llegar al dintel de la puerta, Sofía retrocede, y, dirigiéndose á Guillermo, le besa en la frente sin decir una palabra. Luego sale con paso decidido.)* ¡Qué terrible lucha! ¿Por qué he de renunciar á mi bienestar, á mi felicidad?... ¿Pero tengo el derecho de romper para siempre la tranquilidad de Juana? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Quisiera ser libre y no tengo fuerzas para serlo.

(Aparece Juana por la puerta de la izquierda. Viste sencillo traje negro, y lleva mantilla de raso bordado, que le cae con elegancia por ambos lados de la cara y de la espalda. Está pálida, pero tranquila. En sus manos, un devocionario. Sintiendo llegar á Juana, Guillermo levanta la cabeza.)

Juana. ¿Tú aquí? *(Guillermo hace esfuerzos para serenarse.)* Te creía en el jardín tomando el fresco de la mañana. ¿No te encuentras bien? ¿Por qué te has levantado tan temprano?

Guillermo. Estaba inquieto en la cama. *(Pausa con ironía.)* ¿Adónde vas tan fúnebre?

Juana. *(Con seriedad.)* Voy á misa. Quiero comulgar. Al mismo tiempo, si veo al padre Angel le convidaré á comer. Hemos de hablar de Sofía. Se ha de tomar una resolución ú otra *(Pausa.)* ¿Quieres venir? Se te despejará la cabeza, y te aliviarás. Acompáñame.

Guillermo. No; estoy cansado.

(Juana se dirige á la puerta del fondo, se detiene un instante, luego retrocede hacia Guillermo.)

Juana. Te encuentro extraño hoy. ¿Qué te pasa?

Guillermo. Nada. Déjame descansar. Vete á misa, vete.

Juana. No. Dime lo que te pasa antes. ¿Todavía te preocupa tanto el asunto de Sofía? *(Irónicamente.)*

Guillermo. Sí. Tú no le das la importancia que tiene.

Juana. O que tú le quieres dar. Parece que te haya hechizado.

Guillermo. Comprendo nuestra responsabilidad moral si no remediamos la situación de tu hermana. Temo que se nos venga encima una desgracia grande. Si así fuera, mi remordimiento duraría hasta la muerte.

Juana. *(Muy cariñosamente y como reconviéndole.)* Tú ves visiones, Guillermo; tu imaginación está enferma. Te preocupan demasiado esas desgracias de un sér que él mismo se las ha buscado, y de las cuales él tan sólo es responsable. ¿Qué culpa tenemos nosotros?

Guillermo. ¿Pero estás tranquila? ¿No te dice nada tu conciencia? Supongo que, siguiendo tu costumbre, habrás examinado tu espíritu antes de levantarte, que habrás analizado tus acciones, y te creerás suficientemente preparada para confesar y comulgar.

Juana. *(Con orgullo.)* Guillermo, ¿por qué me hablas de este modo? Nunca lo habías hecho. ¿Qué te pasa? ¿Tienes algún derecho para penetrar en el interior de

mi conciencia? (*Con energía.*) Por lo que se refiere á mi hermana, mi conciencia no me acusa de nada, de nada.

Guillermo. (*Con calma.*) Pues á mí...

Juana. ¿Qué?

Guillermo. Pues á mí me dice la conciencia que nuestro proceder ha sido pequeño, estrecho.

Juana. ¡Guillermo, te repito que estás enfermo, y que olvidas tus deberes! El asunto de Sofia no tiene más alcances que los que yo le doy.

Guillermo. Pues yo te repito que nuestro proceder no es acertado, y que si algo pasa, perderemos para siempre la tranquilidad.

Juana. Hoy estás siniestro. (*Con despecho.*) ¿Sabes que me mortifican tus sermones? La debilidad de tu carácter te hace ser impertinente conmigo. (*Se dirige á la puerta. Al estar en el dintel, se oye sonar la campana en la puerta grande. Volviéndose:*) ¿Quién será tan de mañana?

(*Pausa. Guillermo se levanta impaciente. Aparece Petra con un papel azul en la mano.*)

Petra. Señorita.

Juana. ¿Qué hay?

Petra. Acaban de traer este telegrama. Me ha dicho el empleado que no lo trajo ayer porque era ya muy tarde cuando se recibió.

Juana. (*Coge el telegrama, leyendo la dirección.*) Es para ti. (*Se lo da á Guillermo lo abre y lee en voz alta:*)

Guillermo. «Cuadro Sofia medalla primera clase en Exposición.» (*Ambos quedan perplejos; aparte.*) ¿Cómo hacérselo saber? ¡Pobre chica, qué alegría recibirá!

Juana. (*Con gozo, y acercándose á Guillermo.*) ¿Ves? Me alegro, aunque no creo en su talento, porque esto aclarará la situación. Sí, podrá vender el cuadro, y tal vez empiece á sacar fruto de su carrera.

Guillermo. ¡Bien lo merece!

Juana. Diselo.

Guillermo. (*Con displicencia perplejidad y concentración.*) Tal vez no haga caso. (*Juana se acerca á la mesa y toca el timbre. Pausa. Aparece Petra.*)

Petra. ¿Qué quiere usted, señorita?

Juana. Entregue este telegrama á la señorita Sofia, que debe estar en su cuarto. (*Toma Petra el telegrama, y se va por la puerta de la derecha. Pausa.*) ¿Sabes que hoy te encuentro inexplicable, Guillermo? Me parece extraño que, después de pleitear tanto por Sofia, ahora que nos llega una noticia que puede ser para todos una solución satisfactoria, la veas con indiferencia.

Guillermo. (*Con abatimiento.*) ¡Ah, qué poco me conoces, Juana! No veo eso con indiferencia, sino con estupefacción, porque temo que llegue tarde.

Juana. (*Impaciente.*) ¿Qué quieres decir?

Guillermo. Sofia se ha marchado.

Juana. ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has dicho?

Guillermo. Desde mi cuarto la he visto andar por el jardín, en estado de horrible excitación... No la he visto volver á entrar... Pienso que se ha ido... para no volver más á esta casa. (*Se sienta en la mecedora.*)

Juana. ¿Y no le has hablado?

Guillermo. (*Después de una corta pausa.*) No.

Juana. Temo que no me digas la verdad. Tú le has hablado, sí; todavía te dura la emoción. ¿Que ha pasado entre los dos?

(*Petra aparece por la puerta de la derecha, extrañada y con el telegrama en la mano.*)

Petra. Señorita, la señorita Sofía no está en su cuarto. (*Juana y Guillermo se miran fijamente.*)

Juana. ¿No? Pues deje el telegrama encima de la mesa. (*Petra se va.*) ¿Dónde está Sofía? Tú debes saberlo.

Guillermo. (*Turbado.*) ¡Yol! ¿Por qué?

Juana. Sí; no te has levantado con la aurora, para dormir en esta silla; debes haber hablado con ella, y debes saber dónde ha ido. Contéstame, Guillermo. (*Le toma la mano, y suaviza el tono de la voz para atraerlo.*) Tu silencio me hará concebir la más terrible de las sospechas, y me causará una tortura insoportable. (*Procurando tranquilizarse á sí misma.*) ¡Oh! No, no puede ser; tú no me engañas; pero, por Dios, explícame el motivo de tu solicitud por Sofía. (*Inquieta.*) ¿Es que la quieres?

Guillermo. (*Con calma y en voz baja.*) Deliras, Juana.

Juana. ¡Ah, sólo veo misterios en torno mío! Tenía el presentimiento de que la venida de Sofía nos acarrearía la desgracia. Antes éramos felices; ahora nuestra felicidad ha desaparecido.

Guillermo. (*Reanimándose.*) No queramos saber, Juana, quién tiene la culpa de que entre los dos no exista la armonía que en otros tiempos. Sólo puedo decirte que nuestros corazones sienten de una manera muy distinta. Este descubrimiento me ha herido, y la herida me recuerda que nos hemos portado bajamente con tu hermana.

Juana. ¿Más recriminaciones?

Guillermo. (*Sin hacer caso de esa exclamación.*) Y ahora que Sofía se ha marchado, por serle imposible vivir con nosotros; cuando vuelva á la ciudad; cuando el público se fije en ella; cuando comience á hacerse un nombre, todo el mundo nos tendrá por fariseos, que la hemos abandonado, y la hemos dejado expuesta al hambre y á la miseria. Esto es lo que me subleva. (*Se levanta nerviosamente de la silla y se pasea con inquietud.*)

Juana. (*Con amargura y curiosidad.*) Pero lo que te asusta, es el qué dirán...

Guillermo. Esto es secundario, aunque importante.

Juana... ó es realmente tu conciencia sublevada y tu corazón lo que te hace hablar así? (*Con angustiosa solicitud.*) ¿No es nada más? Dímelo, Guillermo. Porque si por tu parte hay sólo un interés caritativo, yo no me opondré á que hagas cuanto puedas por ella, y Dios me perdone si faltó á la religión que mis padres me enseñaron.

Guillermo. ¡Ya es tarde, Juana, para que se cumplan tus últimos deseos! Sofía no volverá nunca más á esta casa; nunca más.

Juana. (*Suspirando.*) ¡Dios la ilumine! (*Pausa.*)

Guillermo. Vete á misa, vete, y ruega á Dios que to lo acabe bien.

(*Juana mira á Guillermo con mirada fija y se va por el fondo. Guillermo, al verse solo, se levanta nerviosamente y se pasea de un extremo á otro de la escena. Después de un largo silencio toca el timbre. Pausa. Se oye á Petra que se acerca á las vidrieras.*)

Petra. (*Desde la puerta.*) ¿Qué se le ofrece, señorito?

Guillermo. (*Estupefacto y hablando consigo mismo.*) ¿Por qué he llamado? (*Después de un momento de vacilación.*) ¡Ah! Sí; diga á Miguel que venga en seguida.

Petra. Está bien, señorito.

Petra se va por la misma puerta por donde ha venido. Pausa. Guillermo continúa paseando muy preocupado.)

(Concluirá.)

SECCIÓN LIBRE

LA HUELGA DE LOS CONSCRIPTOS

Los Estados engañan á los hombres cuando les dicen: «Todos los que sois gobernados por mí, estáis en peligro de veros subyugados por otros pueblos; yo velo por vuestro bienestar; en cambio exijo me deis todos los años millones de dineros, fruto de vuestro trabajo, que yo emplearé en fusiles, en pólvora, en barcos... para vuestra defensa; además, exijo que vosotros mismos ingreséis en los ejércitos que tengo organizados. Seréis partes irrazonables de esa gran masa; dejaréis de ser hombres y de poseer voluntad; haréis lo que yo quiera. Pero ante todo quiero reinar, y el medio que yo empleo para conseguirlo, es el asesinato: por lo mismo, os enseño á matar.»

Y á pesar de lo evidentemente absurdo que es decir que los hombres están amenazados por los gobiernos de otros Estados, que de su parte declaran también encontrarse bajo la amenaza del mismo peligro, con todo y desear la paz, á pesar de la esclavitud humillante que los hombres sufren en el ejército, á pesar de la crueldad de los actos á los cuales se les destina, los hombres se dejan engañar, dando dinero para que los hagan esclavos, y ellos mismos imponen la esclavitud á los demás.

En pos de aquéllos vienen otros hombres y dicen: «El peligro que decís nos amenaza y del cuidado que ponéis para librarnos de él, es un engaño. Todos los Estados aseguran que quieren la paz; pero se arman los unos contra los otros. Además, conforme la misma ley que aceptáis, los seres humanos son hermanos, y es indiferente pertenecer á tal ó cual Estado; por lo tanto, los ataques de otros Estados conque pretendéis amedrentarnos no nos asustan, y no tienen para nosotros ninguna importancia. Pues—y aquí está lo más grave—la ley que por Dios nos fué dada y que igualmente aceptáis, os prohíbe no solamente matar, sino toda violencia. Por esto nosotros no podemos participar, ni participamos, de vuestros propósitos homicidas. No negaremos contribuciones; no ingresaremos en el ejército, porque en él se pervierte la razón y la conciencia de los hombres; allí se les convierte en instrumentos de violencia, prestos á obedecer al más infame que ponga en sus manos el arma homicida.»

En esto consiste la otra guerra, aquella que desde largos años sostienen los mejores contra los representantes de la fuerza bruta. Esta nueva guerra, recientemente ha estallado con una fuerza particular entre los *douchobors* y el Estado ruso. El Estado ruso ha utilizado contra los *douchobors* toda clase de armas. Estas armas son: medidas policiacas, prohibición de cambiar de residencia, de comunicarse unos con otros, el secuestro de las cartas, el espionaje, la censura en los periódicos en todas aquellas reseñas que afecten á los *douchobors*; la calumnia pública, la corrupción, las penas corporales, la prisión, la ruina de las familias. En contra, los *douchobors* únicamente usan

su arma religiosa: la suave propaganda y una paciencia firme. Dicen: «No obedeceremos más que á Dios; por lo tanto, por mucho que os esforcéis, no podemos obedeceros á vosotros.»

Cúbrese de alabanzas á los héroes españoles y americanos de la otra guerra, de la guerra salvaje, á los que para distinguirse, para obtener una recompensa, han muerto gran número de personas. Pero nadie habla, ni nada se sabe de esos héroes de la guerra contra la guerra, que, sin que se les vea ni se les oiga, mueren azotados en infectos calabozos ó en el cruel destierro, permaneciendo fieles hasta el último aliento, á la causa del bien y de la verdad.

Yo he conocido muchos de estos mártires, algunos muertos ya, y otros dispersados por el planeta continúan sufriendo el martirio por seguir profesando la verdad.

Conocí á Drojjine, profesor campesino, martirizado hasta la muerte en el batallón disciplinario. Conocí á Ysioumtchenks, compañero de Drojjine, que después de haber permanecido en un batallón disciplinario, se le arrojó al otro extremo de la tierra; conocí, también, á Olkhovik, otro campesino que rehusó entrar al servicio militar y que fué condenado al batallón disciplinario; durante el viaje convirtió á un soldado de la escolta llamado Sereda. Este, convertido ya, se presentó á las autoridades, y de la misma manera que hablaban los mártires de la antigüedad, les dijo: «No quiero permanecer más al lado de los que martirizan á sus semejantes; contadme, pues, entre los mártires.» Y empezó el martirio. Se le envió al batallón disciplinario para más tarde pasar á la provincia de Iakoutsk.

Uno de estos últimos días leí una carta en la que se habla de un joven *douchobor*, enviado á un regimiento de guarnición en Samarcande. «—Yo no puedo hacer lo que es contrario á mis doctrinas. —Te martirizaremos hasta la muerte. —Es vuestro trabajo. Llenad vuestra misión; yo cumpliré con la mía.»

Y este muchacho, de veinte años, no se ha sometido en un país extranjero, en medio de gentes que son sus enemigos; poderosos, ricos é instruídos emplean todas sus fuerzas para someterle.

Dícese: «Estas víctimas son inútiles. Los hombres perecerán y la organización social quedará la misma.» A mi entender, debería decirse lo mismo del sacrificio de Cristo y de todos los mártires de la verdad. Los hombres de nuestros tiempos, sobre todo los sabios, han llegado á ser tan groseros que no comprenden ni pueden comprender la significación é influencia de la fuerza moral. Una carga de 250 pouds (1) de dinamita arrojada en medio de una muchedumbre, es cosa para ellos comprensible; pero el pensamiento, la verdad abriéndose paso por nuestra existencia, recibiendo una aplicación que llega hasta el martirio, haciéndose accesible á millones de individuos, todo esto á sus ojos no es una fuerza. No produce ruido; no se ven huesos ni carnes magulladas, ni ríos de sangre.

Los sabios emplean todo el poder de su erudición para probar que la especie humana ha de vivir como un rebaño. No obstante, los gobiernos saben perfectamente lo que hace mover el mundo, y sin engañarse, por instinto de conservación, prestan interés á las manifestaciones morales: su vida ó muerte depende de ellas. El gobierno ruso también ha empleado y emplea aún todas sus fuerzas para quitar á los *douchobors* su fe, aislándolos y desterrándolos en tierras lejanas.

Mas á pesar de todos estos esfuerzos, de todas esas tiranías, la lucha sostenida por los *douchobors* ha abierto millones de ojos.

(1) Cerca de cien quintales.

Conozco á centenares de militares que ante las persecuciones ejercidas contra los *douchobors*, tan buenos y laboriosos, han dudado por primera vez de si su misión era legítima; conozco también á muchos hombres que han empezado á meditar acerca de la vida cristiana y la importancia del cristianismo cuando han visto y conocido la vida de los *douchobors* y su persecución.

Y el gobierno que rige á millones de hombres, lo sabe asimismo: se siente herido en el corazón mismo.

Tal es esta guerra que se sostiene actualmente y tales sus consecuencias. Y no solamente para el gobierno ruso tienen importancia estos resultados; la tiene para todo gobierno.

Cristo ha dicho: «Yo he vencido al mundo.» Y efectivamente, lo habrá vencido cuando todos los hombres reconozcan la fuerza que contiene el arma que se les dió.

Ella consiste en obrar conforme á su razón y á su conciencia. Es sencilla, indiscutible. «¿Vos queréis hacerme cómplice de vuestro asesinato; queréis dinero para preparar instrumentos de muerte; queréis que yo mismo mate?, se pregunta el hombre que no ha vendido ni obscurecido su conciencia. Pero yo profeso la misma creencia que vos, y que no solamente prohíbe matar, sino que también todo sentimiento cruel; por lo tanto, no quiero obedeceros.»

Y este medio tan sencillo es el único que llegaría á vencer en el mundo.

LEON TOLSTOÏ.

(Traducción de L. Bonafulla.)

TRIBUNA DEL OBRERO

REFLEXIONEMOS

Que existen todavía muchos cerebros á los cuales no han llegado aún los destellos de la verdad socialista libertaria, nadie lo pondrá en duda; que hay otros muchos también que por más que hayan sido beneficiados por la corriente de las nuevas ideas, son espíritus refractarios á toda innovación, por el gran predominio de las preocupaciones, entendimientos cerrados á todo ideal de justicia, por la fuerza del hábito heredado de sus predecesores y afianzado aún más por las costumbres y la falsa educación social que forma una especie de segunda naturaleza incrustada en la personalidad ó entidad pensante y sensible, y que determina una connaturalización con las injusticias sociales hasta el extremo de mirar casi con indiferencia la propia esclavitud; seres en quienes está casi adormecido el sentimiento de lo justo, y, finalmente, que no falta otro número de individuos que, alucinados por un vil egoísmo, pone su capacidad al servicio de la injusticia, cosas son en que, de puro sabidas, huelga toda demostración.

Ahora bien; en cuanto á estos últimos, estamos plenamente convencidos que lo que en ellos domina es una gran hipocresía y una maldad infinita. El prurito de estos detractores es desfigurar la verdad por sistema, para lisonjear á los poderosos con el mezquino fin de asegurarse la miserable pitanza. La verdad, al salir de sus manos,

queda tan maltrecha y desfigurada, que después no la conoce ni la mismísima madre que la parió.

Referente á los primeros, éstos merecen nuestra consideración y atención, porque careciendo en su inmensa mayoría de aquella dosis de instrucción adquirida por el estudio y meditación, condiciones ambas que hacen al hombre reflexivo, es necesario enderezar la luz de la verdad hacia sus cerebros é iluminando sus inteligencias, ponerlos en actitud de identificarse con el gran ideal emancipador.

La división en clases de la sociedad actual, originada por la apropiación individual, determina la explotación del hombre por el hombre; esta explotación es causa determinante de la escasez de los medios de vida, de la miseria de la clase proletaria, y esta miseria lo es asimismo de las enfermedades, que encuentran campo abonado para desarrollarse en organismos anémicos, faltos de savia vital, como también de las pestes que periódicamente asesinan esta mísera humanidad; donde se ve que toda esta concadenación de desdichas, sin mencionar los crímenes perpetrados á causa y á nombre de esa vil explotación, tiene por base fundamental la ignorancia de las masas, que de estar ilustradas en su derecho, se opondrían con todas sus energías á semejante usurpación.

La injusticia de tal sistema de expoliación salta á la vista, porque parece lógico que los que con sus esfuerzos materiales é intelectuales contribuyen á la producción de la riqueza, deberían ser los más beneficiados en la distribución de la misma, ya que sólo á sus energías es debida; y, sin embargo, ocurre todo lo contrario. Establecido el régimen del salario, sancionado y consagrado por la tiranía del Estado, que es la salvaguardia de los privilegios burgueses, vese el productor en el duro trance de alquilar su actividad al burgués explotador, que escudado en la impunidad y abusando tiránicamente de su superioridad social, explota sin consideración ni humanidad al infortunado paria, al desheredado de la fortuna, que tuvo la mala estrella de venir á este mundo egoísta cuando ya todo estaba acaparado.

Pasma considerar los males sociales que se derivan del sistema de apropiación individual. Toda la historia humana arranca de ese principio.

Irrupciones de bárbaros que asesinan, saquean, talan campos, destruyen ciudades, en donde fenece todo lo bueno producido por las artes y el trabajo; pueblos en masa pasados á cuchillo, sin consideración á sexo ni edad; guerras sin cuento de pueblo á pueblo, de nación á nación, que siembran la destrucción y la muerte por doquier; revoluciones sangrientas contra la tiranía de los déspotas, y todo cuanto puede contribuir al aniquilamiento de la especie humana, es el corolario obligado, lógico, de ese sistema, tan defendido por los apologistas de la propiedad privada; porque hay que tener en cuenta que todas las hecatombes antes mencionadas, tienen un fondo económico; en todas ellas descuella el espíritu de apropiación.

Una cosa resalta de la observación histórica, y es que la propiedad ha cambiado con frecuencia de dueño; el más fuerte despoja al débil, el vencedor al vencido; de donde se colige que la única justificación de aquéllas está en la violencia, consagrada por las leyes de todos los Estados; pero dándole al mismo tiempo cierto carácter de santidad, emanado de la superchería del derecho.

No; una institución que tan graves males origina, no tiene razón de ser. Una cosa tiene tanta menos razón de existir, cuanto mayor es el número de seres humanos perjudicados por ella.

Anhelamos un estado social donde la consagración de la libertad sea un hecho, por la posesión de todos los derechos inherentes á la humana especie, basados en la igualdad económica; en donde todas las iniciativas tengan ancho campo donde desarrollarse en beneficio de todos y de cada uno, sin tropezar en la rémora que hoy opone el privilegio, pues allanado el camino, por la abolición del antagonismo de intereses bastardos, no podrá haber ese choque de pasiones que caracterizan las luchas de la actual sociedad, sino que será la lucha de todos contra la Naturaleza, al objeto de obtener mayor suma de bienestar.

Si en la actualidad hemos llegado á un grado tan elevado de adelanto en todas las manifestaciones de la actividad humana, á pesar del atraso positivo en que viven la mayor parte de los seres que integran la sociedad, cálculese á qué altura se podrá lle-

gar en todos los ramos del saber el día que la inteligencia humana se vea emancipada de la tiranía del dogma y de los convencionalismos filosóficos y sociales que la tienen subyugada en la actualidad, el día que, preparada por una enseñanza integral, entre a luchar en las lides del progreso.

Tenemos fe en nuestros principios de justicia. Confiamos que vendrá un día en que los hombres despertarán del sueño letárgico que los tiene reducidos a la miserable condición de esclavos, y entonces la naturaleza humana recobrará todos sus derechos; porque la misión del hombre en sociedad es luchar por el advenimiento de la justicia, misión impuesta voluntariamente, que arranca de lo más íntimo de su propia naturaleza, que tiene conciencia de su derecho, de su libertad.

No ha existido ni existe ser alguno que conscientemente se someta a la esclavitud. Todos queremos ser libres. Lo que hay es que, según la fuerza de la preocupación dominante, cada uno hace emanar la libertad de la práctica de sus creencias, de la armonía de los actos con sus ideas, sin tener en cuenta que el ser humano es enemigo de todo sistema que merme la libertad individual; y mayor será el grado de libertad cuanto menos se sacrifique la autonomía del individuo a la colectividad. Por eso somos francamente adversarios de todo convencionalismo, de toda reglamentación que tenga por objeto la sumisión del individuo al orden establecido. La sociedad debe descansar en la igualdad económica, que es la base de todas las igualdades.

El sistema social con sus costumbres, sus leyes y su filosofía moral, equipara la sociedad humana a las combinaciones químicas, en que los elementos que forman los cuerpos, pierden sus caracteres primitivos sin que quede ni rastro de lo que pudiéramos llamar su individualidad. Lo que en el orden natural obran las leyes de cohesión y afinidad se pretende en la sociedad por medio de leyes artificiales.

La sociedad humana no es una combinación; es una mezcla de energías, en donde cada molécula humana debe conservar el sello característico de su individualidad, es decir, de su libertad, eliminando los prejuicios que cohiben la libre manifestación del hombre natural. Toda tendencia a fundir la sociedad en una masa uniforme donde se sofoque la diversidad de sentimientos, aspiraciones y deseos, y que se mueva a impulsos de un principio único é inmutable, es la negación de la libertad.

Amamos el ideal libertario porque tenemos la profunda convicción de que, así como el principio de autoridad no puede dar otra cosa que tiranía, que es su esencia, aquél dignifica, ennoblece y despierta en el ser humano todos los altruismos conducentes al bien de la sociedad y su conservación.

Este ideal, tan denigrado y tan perseguido en la actualidad, porque es la suprema negación de toda desigualdad social, de todo irritante privilegio, afirma de paso, que la verdadera libertad depende de que el hombre tenga asegurada la subsistencia, lo cual se consigue socializando la riqueza, haciendo que todo sea de todos, y que nadie pueda decir esto es mío. Ojalá que los esclavos de siempre, inspirándose en estos principios de justicia social, pongan su valor y su valer al servicio de causa tan justa para acelerar el triunfo de la revolución que ha de manumitir la Humanidad.

JOSÉ CASASOLA.